# CENIZA

Revista de literatura | Diciembre 2024

Pablo Cabrera Ferralis | Miguel Gordillo Díaz | Andrea López Montero | Tomás Veizaga | Samuel Cedeño | Daniela Jiménez Chil | Juan Álvarez Iglesias | Judit Tirado | Blanca Fernández | María Marín | Carlos Patiño | Clara Llano | Nerea Pedraz Serna | Manuel Hempe | Imanol Miranda Solis | Javier C. Luna | Antonio Melloni | Candela Magdaleno Díaz | Kai Moreno Momiejo | Pablo Ballesteros | Silvia Sánchez Muñoz | Ava Cívico | Melián de Órzola | José Olmo López | Mónica Picorel

# CENIZA

Revista de literatura | Diciembre 2024

Ceniza número 1.
Primera edición: diciembre del 2024.
© de los textos: sus respectivos autores.
© de la edición: Revista Ceniza.
*cenizarevista@gmail.com*

Todos los textos publicados en esta revista son propiedad de sus respectivos autores. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización correspondiente.

Pablo Cabrera Ferralis | Miguel Gordillo Díaz | Andrea López Montero | Tomás Veizaga | Samuel Cedeño | Daniela Jiménez Chil | Juan Álvarez Iglesias | Judit Tirado | Blanca Fernández | María Marín | Carlos Patiño | Clara Llano | Nerea Pedraz Serna | Manuel Hempe | Imanol Miranda Solis | Javier C. Luna | Antonio Melloni | Candela Magdaleno Díaz | Kai Momiejo | Pablo Ballesteros | Silvia Sánchez Muñoz | Ava Cívico | Melián de Órzola | José Olmo López | Mónica Picorel

# EDITORIAL

# EDITORIAL

Hay en el acto de escribir una alquimia que busca sentido en el caos, un intento de fijar en palabras lo que, por naturaleza, tiende a desaparecer. Y sin embargo, sabemos que la escritura no tiene la última palabra: todo lo dicho se desmorona, todo lo nombrado se disuelve. Así, *Ceniza* nace no como un monumento, sino como una brasa: breve, ardiente, destinada a consumirse en el acto mismo de existir.

Esta revista no aspira a ser importante, ni definitiva, ni siquiera memorable. Surge del deseo puro de dar cabida a voces que resuenan, a textos que insisten en ser leídos porque contienen, aunque sea por un instante, esa chispa de lo auténtico. Aquí no hay certezas ni respuestas cerradas, solo la voluntad de escuchar lo que late en las grietas del lenguaje.

En estas páginas encontrarán poesía, narrativa, ensayo y dramaturgia que habitan en el borde: obras que no buscan complacer ni llenar un vacío, sino provocar, abrir caminos, insistir en la belleza aun cuando el mundo parezca sordo a ella. Los autores que aquí publican han sido elegidos por la calidad de su palabra, por la intensidad de su mirada, por ese riesgo que convierte la escritura en algo vivo y único.

*Ceniza* no pretende perdurar, pero sí acompañar. Cada texto es una pequeña

llama encendida en medio del tiempo, un recordatorio de que, aunque efímera, la literatura sigue siendo uno de los pocos refugios donde lo humano se encuentra consigo mismo.

Aquí está nuestra primera entrega. Lean despacio, como si fueran testigos de algo que está a punto de desvanecerse. Porque eso es la literatura: un instante suspendido entre el ser y el olvido.

# DRAMATURGIA

**Judit Tirado**

# AJENAS

## Voces de mujer

# MONÓLOGO PRIMERO

## Penélope

En escena, Penélope lamenta el regreso de Ulises en una habitación.

Pelo recogido. Vestido rojo.

PENÉLOPE.- Volvió ayer. (**Calla un momento)**. Y lo vi más alto y robusto y los cabellos le brillaban de nuevo con el brillo del sol. **(Vuelve a callar)**. Volvió. Y cansado, ya olvidado, me habló de las incontables batallas y aventuras. A mí, a quien tantos hombres ajenos y terribles, duro pecho me han dado entre todas las hembras. A mí, que por él renuncié al deseo, oprimiendo el alma y sellando los labios. **(Suspira)**. ¡Oh, Ulises! Marchaste entrada la mañana y consolé a tu hijo, mas yo no hallé el consuelo. **(Pausa)**. ¡Oh, varón singular! No hay en mí desprecio ni orgullo, pero marchaste..., ¡marchaste! Y ahora hete allí, en el lecho que ya no es lecho, tapado con las mantas que un día abrasaron nuestra carne. **(Calla unos segundos; luego empieza a llorar)**. ¡Oh, varón! El amor con que te veneraba, contigo marchó, ¡mas él no ha vuelto!

**(Pausa)**. Por más que me hallasen firme, por más que lavase mi cuerpo y lo erigiese..., los dioses del Olimpo acabaron con todo mi fulgor cuando te embarcaste en aquella nave. **(Recordando)**. Me encomendaba a tejer y a destejer el sudario, abstraída toda en mis salas de arriba. Ocupando aquel lecho, ya sin razón, en el que ahora duermes. Aquel lecho doliente que

durante tantas noches empaparon mis ojos con sus lloros salados.

**(Impetuosa)**. ¡Desgraciada de mí! El Olimpo me ha dado más duelos que a mujer alguna. Al marido perdí, mi león animoso. Aquel héroe cuya fama ha llenado tierras extranjeras y ha vaciado mi casa, primero, y mi pecho, después.

¡Ay, Ulises! ¡Dichosas tu marcha y tu viveza! **(Llora)**. Por ti temblé, ¡desgraciada de mí!, Temiendo que algo malo te ocurriese. Pero el mar no te ha devorado y sus olas perezosas te han traído de regreso a tu patria...

**(Tras unos segundos, habla, tajante)**. Si en verdad ahora me escucha algún dios, ¡quítalo de mi presencia! Aquel desgraciado al que tanto he añorado ha venido a parar a un hogar que ya no le pertenece. **(Enfadada, alza la voz)**. ¡Anda, pues, quítalo de mi presencia! ¡Llévatelo y que siga divirtiéndose en tierras extrañas, que aquí ya perdió el buen pan y el dulce vino! ¡Que aquí ya perdió a su esposa!

**OSCURO**

# MONÓLOGO SEGUNDO

## La nodriza de Julieta

La nodriza llora la muerte de Julieta tras haber abandonado el purgatorio.

Pelo recogido. Fondo oscuro. Indumento negro. La única luz brota de la vela de un candil.

NODRIZA.- (**Secándose el llanto con la manga del vestido**). ¡Pobre niña!, ¡pobre! ¡Tan joven y pura...! ¡Tan inocente! Arrastrada por ese cruento amor tan ciego y feroz... ¡Tan joven...! ¡Mi pobre niña! Del terremoto hace ya..., ¿cuánto?, ¿quince años? Y entonces fuiste destetada...; nunca lo olvidaré. Porque yo me había untado antes los pezones con ajenjo y me hallaba sentada al sol. Cuando probaste el ajenjo del pezón y lo encontraste amargo…, ¡preciosa tontuela! Era de ver tu enojo y cómo te enfadaste con él.

¡Dichosa la lengua! **(Pellizcándose la lengua)**. Mejor haberla arrancado de esta boca torpe y desbocada. Yo, que tanto te protegí y tanto, tanto te oculté de tus padres... Fui yo tu confidente, tu segunda madre; de no ser yo tu única nodriza, diría que habías extraído la sabiduría de los pechos con los que te crie.

Porque yo no apoyé a Fray Lorenzo para que os casase y sufrí la ira de tu padre, Lord Capuleto, y su salvaje mano cuando te defendí. Yo, que tantas

veces me encaminé por otro lado en busca de una escala por la cual vuestro amante, tan pronto como oscurecía, subía al nido. **(Llorando)**. ¡Tan joven tú, Julieta! ¡Tan joven...!

**(Recomponiéndose)**. Yo sí comprendí lo fatuo de tu amor por Romeo, pero soy mujer vieja y marchita, y conozco lo fatal del mundo..., por eso te traicioné. Te dije que tu amante muerto estaba; que casarte debías con el noble Paris.

Entiende, tierna niña, que no tenías alternativa. Casada secretamente con un Montesco...; casarte con Paris te habría librado del peso de tu nombre y tus actos... Entiende, tierna niña, que lo hice para protegerte. Bien sé lo que cuesta sobrevivir sola siendo mujer. Yo, que perdí a mi honroso esposo y a la dulce Susan… **(Pausa)**. Las fiebres se la llevaron; la enfermedad no entiende de gracias y bondades...

**(Tajante)**. Lady Capuleto es tu madre, sí. Y bien te llorará, mas nunca lo hará con el fervor de mis ojos...; tan cansados y sedientos, me llevarán a la ceguera. **(Pausa)**. Una cosa, sin embargo, no les permitiré nunca: ¡declararse en sequía! Privarme podrán de la luz de la vida; privarme del color de las flores que tanto adorabas; privarme de los rayos del sol al despertar...; pero nunca, nunca, nunca... **(Llorando)**. Tú, Julieta, tierna mía...; de mis pechos marchitos, mi lengua desbocada y mis ojos invidentes. Tú eras el resplandor, el más bondadoso destello de mis días...

**(Sentenciando)**. Muerta te hallas por mí. ¡Desaparezca la luz! **(Sopla la vela)**.

**OSCURO**

# MONÓLOGO TERCERO

**Areúsa**

Areúsa reflexiona sobre la muerte y sobre su condición de prostituta, sentada en una cama.

Pelo suelto. Torso desnudo. Enagua rosa.

AREÚSA.- **(Afligida)**. ¡Oh, Pármeno, mi amor! ¡Cuánto dolor me supone tu muerte! ¡Cuánto vacío me dejas ahora y qué poco me has durado! **(Calla un momento; después habla, rabiosa)**. ¡Dichosa alcahueta! ¡Válala el diablo ahora a esa vieja! Por hacerse a ella honesta, me hizo a mí necia y sin experiencia en mi oficio.

**(Recordando)**. Después de aquella larga noche de hacer el amor una y otra vez…; fueron tan grandes mis dolores de madre, que le pedí descanso a mi buen Pármeno. **(Melosa, abraza la almohada)**. ¡Ay, Pármeno! ¡Qué bravo galillo y qué barbiponiente! **(Recomponiéndose)**. Fue tan grande mi dolor de hembra, que primero le pedí el descanso y luego se lo supliqué. **(Entristecida)**. Pero ignoró mi mal..., pues Celestina retenía la lívido, aunque vieja…; pues Celestina ofrecía el goce, aunque le faltasen los dientes.

**(Pausa)**. ¡Cola de alacrán! Toda la noche encamada y solo me ofreciste el

cuerpo... ¡Ay, mi amante deshonroso...! ¡Mi torpe animal libertino...! Te di el alma, mi sexo..., ¡y del amor solo fuiste un pantomimo!

**(Abatida)**. ¡Terrible la fortuna de las tristes rameras!, pues el gusto dañado muchas veces juzga por dulce lo amargo. **(Tras unos segundos, reflexiona)**. Las otras, las señoras, nunca escuchan eso de «¡Ladrona!, ¡puta!, ¡no destruirás mi honra ni mi casa!». Sus nombres no salen de bocas de varones salvajes como bestias. Ellas envisten su cara con hiel y miel, con uvas tostadas e higos pasados. Las riquezas las hacen hermosas y ser alabadas...

**(Enfadada)**. Sus nombres, no...; ¡no sus nombres! ¡Esos hombres solo mastican los nombres indignos de las putas como yo! **(Suspira, cansada)**. Porque a ellos les gusta dar voces. Su placer es reñir; ¡y dar chapinazos y pellizcos y palos y azotes! Su gloria es hacernos sufrir... a las pobres rameras como yo...; a las rameras fatigosas que no encontramos descanso... **(Pausa)**. Pero al final todos somos hijos de Adán y Eva.

**(Calla un momento y vuelve a hablar, tajante)**. Procure ser cada uno bueno de por sí y trate de encontrar su virtud, que la mejor honra que una tiene es ser dueña del ánimo. **(Altiva)**. ¡Así goce de mí, que señora alguna disfruta como yo de los dulces premios del amor!

**(Palpándose los pechos, les habla, mimosa)**. Y vosotras, tiernas y tan maltratadas; tanto... Vosotras, fieles compañeras de oficio..., ya encontraré para vosotras justo varón que os acaricie. Más justo y mejor amante que el ya muerto Pármeno.

**OSCURO**

# MONÓLOGO CUARTO

## Te gusta cuando callo

En escena, una mujer frente a una mesa sostiene una carta.

Pelo recogido. Vestido morado.

MUJER.- **(Sujetando la carta)**. Te gusta cuando callo porque estoy como ausente y tu voz resuena en cada espacio de la casa. **(Suspira)**. Y me llamas desde lejos, incansable; satisfecho solo cuando arreglo el destrozo.

**(Calla pesadamente; luego vuelve a hablar)**. Te quise o nos quisimos y la memoria araña cada rincón de esta jaula. **(Bruscamente)**. Pero te gusto cuando callo y estoy como distante, envuelta toda en este silencio que tanto disfrutas...; tan distante, siempre; dolorosa... **(Tajante)**. Cuando parece que he muerto, tan mismamente como el amor que un día te ofrendé.

**(Deja la carta sobre la mesa y sale).**

**OSCURO**

# MONÓLOGO QUINTO

**Eva**

Eva reflexiona sobre su condición de mujer.

Pelo suelto. Ropaje blanco.

EVA.- **(Serena)**. No salí de su costilla, pues él salió de mi vientre y me hirió las entrañas con el calcañar. Tampoco fui la ofrenda, pues él me poseyó, hurgando en mi sexo y clavando en mí su simiente.

**(Recordando)**. Hambrienta, comí del árbol y él también devoró sus frutos como el codicioso roedor...; mas la maldita fui yo. ¡Maldita toda, malditas todas!

**(Calla unos segundos; luego reflexiona)**. ¡Oh, serpiente! Por cuanto aquello hiciste, bendita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu pecho andarás, mas a tu paso, germinarán las flores. Polvo comerás todos los días de tu vida, mas tu rastro ahuyentará a los lobos.

**(Pausa)**. Y habrá enemistad entre nosotras y entre nuestras simientes y te heriré en la cabeza y tú a mí en el talón... **(Tajante)**. Mas no odiaremos a los hijos y nos sabremos resistentes.

**OSCURO**

# ENSAYO

**Samuel Eduardo Cedeño**

# Hacia una imagen de la desesperación. Un acercamiento a «El desesperado», de José Antonio Ramos Sucre

*Morir*
*Es un arte, como todo lo demás.*
*Yo lo hago excepcionalmente bien.*
Sylvia Plath, «Lady Lazarus»

Un moribundo decidido a perseguir a la muerte; una noche que recibe el llanto causado por una herida que horada el cuerpo, el pasado inmediato y la psique; y el regocijo que supone dejarse embargar por la agonía definitiva. En «El desesperado», de José Antonio Ramos Sucre, nos encontramos en el lecho de un hombre convaleciente que busca sosiego en la alternativa del suicidio. Así, el poema nos asoma y acerca al estado anímico de un protagonista que ya solo ve como único escenario apacible el contacto directo con la muerte. La agonía, entonces, es puesta a contrapelo de la experiencia del tránsito voluntario hacia un más allá de la vida. De esta manera, si se quiere, el texto consigue cristalizar la desesperación que padece el narrador en la potencia de una imagen.

En «El desesperado» la realidad inmediata es esquiva. Desde el título el texto parece prepararnos para una situación en la que los acontecimientos ofrecen pocas opciones para librarse de sus consecuencias. Sin embargo, más que explicarnos en detalle los sucesos que llevaron al narrador a permanecer malherido y sin compañía alguna en una cama, el relato los sugiere, los asoma como pistas para entrever mejor, si es que ello se puede, la desesperación que agobia al protagonista. Ergo, solo podemos medir el alcance de las cuitas de este mediante su resolución final: terminar con la vida misma. En otras palabras, conocemos el impacto de las penas, pero no los hechos que las causaron. Un hombre confía su llanto a la intimidad de la noche mientras se recupera de una herida mortal, cuyo dolor parece menos hondo que el ocasionado por la ausencia de la mujer amada. Con la aproximación a este estado de cosas, el narrador, de pronto, nos dice:

> La mujer idolatrada rehusaba aliviar, con su presencia, los dolores inhumanos.
>
> Decidí levantarme del lecho para concluir de una vez la vida intolerable y me dirigí a la ventana de recios balaustres, alzada vertiginosamente sobre un terreno fragoso.
>
> […] Provoqué el rompimiento de las suturas al esforzar el paso vacilante y desfallecí cuando sobrevino el súbito raudal de sangre. (*Las formas del fuego* 300)

El narrador nos confiesa esta decisión, pero ¿qué podemos apreciar en ella además de comprender que, al menos para el protagonista, la existencia, acribillada por una realidad convaleciente en la que su amor no es correspondido, resulta insostenible? Tal vez que el suicidio supone una suerte de esperanza y contrapartida a la desesperación. Y ¿qué es la desesperación? Pues nada más que la imposibilidad de hallar una solución que lleve a feliz término un conflicto presente en el entorno físico, psíquico, emocional o

espiritual. Ante la aparente falta de alternativas, esta nos empuja a la premura de elegir la opción que más se encuentre a la mano y ofrezca una salida, un escape.

Así las cosas, quizás nos sea posible poner un poco más de luz sobre el poema si ahora dirigimos nuestro foco hacia su forma y estructura. En principio nos encontramos con un relato encapsulado dentro de un poema en prosa, es decir, poesía que busca su forma de expresión en los andamios del párrafo en lugar del verso (Paz, *El arco y la lira* 68-76). En pocas palabras, es la manifestación poética que ha franqueado las fronteras del verso. Y es que la prosa, como el verso, posee un ritmo, persigue una cadencia y consigue, si lo desea, una musicalidad. Sin embargo, es probable que ello no sea suficiente para mostrar a la prosa como otra forma de presentación del poema y, por consiguiente, de la poesía. Tal vez la situación se torne más clara si comparamos ambas formas de expresión: verso y prosa. Tomemos, pues, el fragmento de un soneto de Francisco de Quevedo y veamos qué semejanzas guarda respecto a «El desesperado»:

¡Ay, Floralba! Soñé que te… ¿Direlo?

Sí, pues que sueño fue: que te gozaba.

¿Y quién, sino un amante que soñaba,

juntara tanto cielo a tanto infierno? («CXCVIII» párr. 1)

De no ser por su forma de presentación —un cuarteto que apunta una métrica en sus versos—, ¿en verdad podríamos ver otro rasgo que distancie al poema de Quevedo del de Ramos Sucre? Tal vez, pero lo que ubica a ambos textos dentro de la poesía, lo que los hace poéticos y afianza su condición de poemas no es otra cosa que la potencia de la *imagen* que transmiten. Una imagen es, según José Lezama Lima, «devolver lo que se ha perdido» (en

Muñoz 1). Dicho de otro modo, es recoger el sentido velado de las cosas, ese que hallamos en nuestro roce con una experiencia estética capaz de asaltar a la psique y sacudirla con la violencia necesaria para lograr el reconocimiento de su realidad inmediata en las acciones de las que es testigo. Es decir, ya sea en prosa o en verso, un texto reclamará su condición de poema de acuerdo con la fuerza y belleza de las imágenes que consiga exponer.

Sin embargo, para comprender del todo las imágenes que transmite el poema es preciso saber cuál es su lugar de enunciación. En «El desesperado» la voz poética es un *yo* que marca su presencia como centro y receptáculo de todas las acciones en el texto. No por otra cosa el poema, desde el inicio, nos declara: «Yo regaba de lágrimas la almohada en el secreto de la noche. Distinguía los rumores perdidos en la oscuridad firme» (*Íbid*). El *yo*, al menos en este caso, anuncia a un personaje que será el responsable de tejer todo el discurso y figurar, así, como artífice de una elocuencia que nos servirá de guía para aprehender los hechos que relata el poema. Pero sobre esta característica que el poeta imprime en el poema, Guillermo Sucre es mucho más claro y preciso. Escuchémoslo:

> En la obra de Ramos Sucre, y de manera casi dominante, el *yo elocutivo* corresponde a múltiples *yo* y éstos, a su vez, corresponden a las más disímiles *personas poéticas* […] Proponer un personaje (real o imaginario) y darle una voz, hacer que él mismo narre su historia, ya sea como protagonista o testigo […] se trata, igualmente, de una capacidad para fabular el monólogo de la otredad, el diálogo del yo. («Ramos Sucre: la pasión por los orígenes» párrs. 55-56)

El poema solo es asible a través de ese yo elocutivo. Este encarna a un personaje que nos conduce por el texto al darnos su visión de las experiencias narradas. Ese *yo* nos interpela e inicia, si se quiere, un diálogo con nosotros en el que nos toma como elegidos para escuchar sus vicisitudes. El mismo, además, consigue con su sola aparición articular una secuencia narrativa que

orbita sobre su persona. En otras palabras, una vez que aparece, el yo se convierte en el narrador del relato, se vuelve nuestro único guía y conductor.

Así pues, ¿qué teje el relato de «El desesperado» bajo la superficie de sus acontecimientos? No sería arriesgado aproximar la idea de que el poema apunta a una correspondencia simbólica con los elementos que acompañan la agonía del protagonista. En otras palabras, se nos sugiere otro sentido para las cosas, uno que responde al estado anímico del personaje y con ello nos da, aún más, cuenta de las necesidades de su psique. Tan solo hay que asomarse un poco en el texto para percatarse de ello: «Esperaba mirar, en la crisis de la agonía, el destello de la mañana sobre la cúspide serena del monte» (*Íbid*). *Grosso modo*, la muerte parece cobrar más gracia y belleza si se transita hacia ella durante el amanecer. Casi se nos permite entrever que el deseo del protagonista no es otro que morir con el término de la noche mientras la mañana comienza un nuevo ciclo de vida.

Busquemos otro ejemplo. Detengámonos un poco en el final del poema: «He sentido el estupor y la felicidad de la muerte. Una aura deliciosa, viajera de otros mundos, solazaba mi frente e invitaba al canto los cisnes del alba» (*Íbid*). Esa aura deliciosa quizás sea la sensación del desfallecimiento, de entrar al punto más álgido de la agonía, o también es posible que sea la visión del alba que ha venido a iluminar el mundo. En todo caso, el símbolo es dejado allí para que el lector, si así lo quiere, complete su sentido. Con él la escena prefigura en el relato una imagen capaz de herir nuestra sensibilidad. En el texto los símbolos nos seducen con el fin de que nos preguntemos sobre el significado que guardan las cosas en el poema, en la inmanencia de la agonía del personaje.

En este sentido, podríamos decir que el yo, la yuxtaposición de símbolos y el relato que, más que detallar o explicar, sugiere, no son otra cosa que los engranajes que hacen posible la construcción una imagen en «El desesperado». Una imagen que nos acerca a la desesperación de un hombre

con un estado anímico tan acribillado por la realidad inmediata, que ve a la muerte como única opción valedera para el cese de sus sufrimientos. Apuntando sus deseos más íntimos hacia el viaje sin retorno que supone el término de la vida, el poema quizás nos asoma la idea de que nuestro protagonista solo quiere la experiencia de ese tránsito final, pero no llegar al otro extremo del mismo, a ese más allá de la vida.

La herida, pues, que ha dejado a nuestro desesperado convaleciente en su lecho consigue permear su psique y sus emociones. En suma, es la puerta de entrada a su espectro psíquico, a ese *yo* que vemos aparecer por primera vez con el anuncio de su llanto. Es el sufrimiento que, en la soledad de la noche, parece capaz de cristalizarse como un ruego a la muerte.

## Referencias bibliográficas


- Muñoz, Enoc. «La imagen: devolver lo que se ha perdido. Un acercamiento a la poética de José Lezama Lima». Cyber Humanitatis, 2004, https://web.uchile.cl/vignette/cyberhumanitatis/CDA/texto_simple2/0,1255,SCID%253D12516%2526ISID%253D494,00.html. Consultado el 9 de agosto de 2024.

- Paz, Octavio. El arco y la lira. Fondo de Cultura Económica, 2010.

- Plath, Sylvia. «Lady Lazarus». Poesía completa. Lectulandia, 2011.

- Quevedo, Francisco de. «CXCVIII». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonetos-de-quevedo--0/html/ffd3e310-82b1-11df-acc7-002185ce6064_4.html#PV_312.

Consultado el 7 de octubre de 2024.

- Ramos Sucre, José Antonio. «El desesperado». Las formas del fuego. Obra completa. Biblioteca Ayacucho, Vol. LXXIII, 1980.

- Sucre, Guillermo. «Ramos Sucre: la pasión por los orígenes». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, https://www.cervantesvirtual.com/portales/jose_antonio_ramos_sucre/su_obra_origenes/#nota*. Consultado el 8 de octubre de 2024.

**Miguel Gordillo Díaz**

# DESORIENTACIÓN Y OBJETOS, UNA VISIÓN DE AQUELLO QUE NO VEMOS

Cuando hablamos de desorientación, rápidamente nuestra voz se ve encogida y se nos dificulta pronunciar palabra. Nos vemos paralizados ante una presencia tan abrumadora que evitamos todo contacto con ella, tratando de alejarnos todo lo que nos sea posible. Estar desorientado es estar perdido, y estar perdido es estar asustado. Asustado por no saber qué hacer, por no saber a dónde ir, por no saber cómo movernos. En la desorientación hemos perdido nuestros apoyos, hemos perdido nuestro mundo. Nuestro cuerpo se ve arrojado y perdido, y cuando nuestras dimensiones se ven alteradas solo queremos huir de ellas e ir a nuestro lugar seguro, pero resulta que ya no sabemos dónde está, o si alguna vez estuvo ahí.

Los momentos de pérdida nos generan una fuerte actitud de desconfianza, de crisis con el entorno. El espacio habitado se vuelve desconocido e incomprensible, perdiendo la visión del paisaje al que una vez habíamos pertenecido. Ahora, a donde quiera que mire, solo veo horizonte, un horizonte que camina conmigo. En este nuevo espacio, nos planteamos cómo podemos orientarnos de manera adecuada, a dónde podemos ir. Pero camine a donde camine, el horizonte me acompaña. No veo nada que no sea

horizonte. Tratamos de avanzar en un terreno que nada hace por ser cercano, un terreno que ha ocultado aquello que conocíamos, dejándonos ciegos ante una confusión que parece no tener fin. En la desorientación no solo hemos perdido nuestros apoyos, también hemos perdido nuestra manera de ver el mundo, hemos perdido nuestra vista.

Con la desorientación, la mirada que teníamos hacia los objetos y los espacios se ha visto alterada, somos incapaces de observar aquello que veíamos en un primer momento; viéndonos obligados a aprender, por primera vez, a cómo ver: «Aprender a ver los colores es adquirir cierto estilo de visión, un nuevo uso del propio cuerpo, es enriquecer y reorganizar el esquema corpóreo».[1] Observar los objetos desde la incomodidad nos permite reordenar y rearmar nuestro cuerpo en una nueva sensación de los mismos. Nuestro cuerpo trata de dirigirse continuamente hacia su equilibrio y es, en este nuevo uso de nuestra mirada, que apreciamos que el ojo no solo se limita a ver, sino que también puede tocar. La manera en la que observamos los diferentes objetos de nuestro entorno determina el régimen de sensibilidad con el que estos son percibidos: «Lo que se materializa está determinado por las direcciones tomadas, que permiten que las cosas aparezcan de cierta forma».[2] Nuestro cuerpo, para Sara Ahmed, es un conjunto de direcciones y decisiones tomadas que ordenan la percepción que tenemos acerca de los objetos y el entorno. Observar los objetos desde una nueva mirada nos permite reconocer aquello que se nos hacía invisible a la vista. Esta nueva mirada puede cambiar nuestra sensibilidad hacia los objetos, puede cambiar nuestros apoyos, nuestro suelo. Cuando pensamos en una puerta, esta es pensada como una unidad, como una entidad propia. El picaporte se percibe como una extensión de la puerta y no como un objeto que pertenece a ella, el picaporte no es una parte de la puerta, el picaporte es la puerta. No es hasta el momento en el que el picaporte se desprende de la puerta, que éste comienza a ser percibido como

[1] Merleau-Ponty, M. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona. Planeta-De Agostini. 1993, p. 170.
[2] Ahmed, S. *Fenomenología queer*. Barcelona. Bellaterra. 2019, p. 227

una entidad individual, como un objeto separado de la puerta y con identidad propia. El picaporte deja de ser una extensión de la puerta para ser, precisamente, lo que fue desde un inicio: un picaporte. Para Sara Ahmed, la invisibilidad del picaporte responde a una visión y presentación del objeto que ha sido condicionada por las diferentes direcciones previamente tomadas. Vemos cómo los objetos toman su verdadero valor una vez hemos podido observarlos de manera individual. Identificar los objetos con aquello que se presupone sobre ellos, puede volverlos invisibles a nuestra mirada, guiando nuestras líneas de acción en direcciones no mediadas, lo que origina un descubrimiento parcial de la realidad.

Reconocer la individualidad e identidad de aquello que ignorábamos, supone salir de las líneas marcadas de acción. Nuestro suelo, expone Ahmed, no es un elemento neutral. El mundo, nuestra realidad, está formado por las direcciones que diferentes cuerpos toman sobre su propio suelo. Vemos cómo nuestro suelo está habitado por otros suelos. El espacio que habitamos responde a una multitud de direcciones que pueden condicionar nuestro pensamiento: «Cada punto del espacio es y es pensado ahí donde es, uno aquí, otro allí; el espacio es la evidencia del dónde».[1] Para Merleau-Ponty, el espacio está determinado por un dónde, por una mirada sesgada que observa ciertas caras del objeto, pero que es incapaz de observar todas sus caras de manera simultánea. Es, al mirar detenidamente el entorno, los objetos, que damos cuenta de su profundidad. La profundidad con la que observamos los objetos nos permite dar cuenta de aquellas caras del objeto, aquellos horizontes, que desconocíamos. Romper con la visión sesgada del dónde me permite reconocer nuevas miradas y nuevas formas de habitar los espacios. Para Sara Ahmed, la desorientación comienza a entenderse como una vía de encuentro; la pérdida y desorientación pueden ser transformadoras. Los afectos negativos pueden arrojar luz sobre la realidad, permitiéndonos reordenar y reorientar nuestra relación con el mundo. «Perderse» no supone

[1] Merleau-Ponty, M. *El ojo y el espíritu*. Madrid. Minima Trotta. 2017, p. 39.

ya nuestro hundimiento en un suelo confuso e incomprensible, perderse supone entablar una nueva manera de habitar y conocer la realidad, una nueva manera de reorientar nuestros espacios. La desorientación nos permite observar la realidad desde una mayor perspectiva, prestando atención en los detalles más pequeños, permitiéndonos conocer todo aquello que habíamos dejado pasar por la normatividad de lo convencional.

La pérdida puede tener elementos de encuentro, elementos que nos permiten reconocer nuevas miradas ahí donde no veíamos nada. Los afectos se muestran como un colectivo que constituye y reconstituye nuestra realidad. Nuestros espacios afectivos están mediados por una multiplicidad de encuentros con otros cuerpos. El suelo que habitamos no es un espacio neutral debido a la constante interacción que diferentes corporalidades tienen sobre nuestro propio suelo. La corporalidad ha permitido comprender y diferenciar los objetos de nuestro entorno, ha permitido delimitar todo aquello que vemos, pero tal concepción de la corporalidad puede servir a un discurso aislante del individuo. El cuerpo tiende a entenderse como aquello que define y separa a cada individuo: el individuo acaba ahí donde acaba su cuerpo. Esta visión espacial individualizada no hace más que limitar corporalmente objetos cuya forma no es su definición completa. El cuerpo no separa, el cuerpo une. La corporalidad nos pone en contacto con el mundo, «circula entre diferentes cuerpos y conforma sus experiencias»,[1] pero de igual manera las condiciona.

Habitar un cuerpo es una experiencia cruel, puede que sin ellos fuésemos más felices. Tal vez, ser una pequeña burbuja que no hace más que flotar sin rumbo nos permitiese dejar de pensar tanto, de tropezarnos tanto. Tomamos direcciones que continuamente nos llevan a desear no haberlas tomado, anhelando poder olvidarlas. Sin cuerpo puede que no tuviésemos este problema.

[1] Pérez, V. *Cuerpos fuera de sí. Figuras de la inclinación en las artes vivas y las protestas sociales.* Córdoba. Documenta Escénicas. 2022, p. 10.

Pero no nos podemos separar de nuestro cuerpo. Conocer los afectos que nos unen al cuerpo que habitamos nos ayuda a conocer una realidad que siempre hemos ignorado: nuestra propia corporeidad, nuestro ser consciente en el mundo. No nos pensamos tanto como deberíamos. Aunque, más bien, no nos dejan pensarnos. Chocar con ciertos objetos es lo que nos han impedido algunas de nuestras líneas de acción, líneas de acción que condicionan nuestra actuación hacia direcciones impuestas, direcciones que nos impiden actuar de cierta manera, sesgando no sólo nuestra acción, sino también nuestra no-acción. Nos hacen partícipes de una función donde somos reducidos a un papel meramente pasivo, lo que les permite mermar nuestra capacidad de acción para mantenernos, de esta manera, en aquellas direcciones que más les convienen. «No era depresión, era capitalismo», ya nos lo decía Chile. Vivimos en una barbarie donde el títere automatizado y aislado es el verdadero virtuoso, a quien impiden toda posibilidad de expresión y relación. No somos cuerpos solitarios y aislados, somos una colectividad de ellos, una colectividad de afectos, de direcciones, de acciones y, por supuesto, somos una colectividad de suelos.

Reflexionar en la experiencia dañada nos permite disponer de una mayor visión de nuestros espacios, de una mayor profundidad. La nueva mirada heredada de la desorientación rompe con la automatización de nuestras acciones, reconociendo en el objeto aquellas caras que ignorábamos en una primera mirada, permitiéndonos redistribuir nuestros espacios. Ser capaces de (re)conectar con los objetos, con los cuerpos de tales espacios, abre nuestro cuerpo a un nuevo uso de nuestra mirada. La automatización se ha roto, y con ella nuestra mirada ciega del entorno. Se muestra una profundidad que hasta ahora había permanecido oculta, una profundidad que siempre ha estado ahí pero que siempre hemos ignorado, una profundidad donde poder conocer y conocernos.

# NARRATIVA BREVE

## Manuel Hempe

# La Mari

*A mi amigo José Pérez Ocaña: pintor, marica y libertaria*

Había perdido la jeringuilla en la madrugada. En la terrible noche no podía encontrar nada, no disponía de mechero siquiera, lo había perdido todo. Todo esto era motivo suficiente para entrar en una especie de mono absoluto donde no cabía ni un mínimo espacio para el uso de la razón. Volver a ir a pillar otra dosis era imposible porque tendría que prostituirse de nuevo con cualquier borracho del pueblo o con padres de familia desquiciados que le propinaban unas palizas brutales y no estaba dispuesta a pasar por tal situación, pero el dinero le era urgente para alcanzar la paz mental y mantener su cuerpo en calma, pero sabía que se engañaba constantemente pensando que todo eso era lo correcto. Vivía en una falsa realidad y quería salir de ahí.

María había sufrido todo tipo de humillaciones desde que decidió cambiar de sexo en el año dos mil tres con tan solo diez años de edad. Empezando por la crisis familiar que provocó al comunicárselo a sus padres y hermanos. Su padre no lo aceptaba de ninguna manera porque sería un desprestigio para una familia de bien y una vergüenza, así lo pensaba. Su madre no podía soportarlo tampoco por el mero hecho de pensar en el qué dirán, que iban a pensar los vecinos de su hijo y que corriera el rumor por todos los pueblos colindantes. A sus hermanos le daba exactamente igual, eran los únicos que apoyaban a su hermano Javier. En la intimidad que le proporcionaba su

habitación se imaginaba como una estrella del cine que recogía premios, se pintaba los labios y usaba minifaldas. A los diecisiete años abandona el hogar familiar para irse a estudiar bellas artes a Madrid, ya se siente mujer y viste como tal. En Madrid es María en todo su ser. Se rodea de un ambiente transexual que le da todo lo que necesita, es feliz en esos espacios. Para subsistir no le basta la cuantía de la beca, sino que tiene que buscar trabajos precarios con la mala fortuna de que en todos ellos es rechazada por su condición sexual. Estos son los motivos que le llevan al mundo de la prostitución en la famosa calle Montera. Allí vive todo tipo de situaciones despectivas y desagradables, hasta que una noche conoce a un chico que solo buscaba conversar e incluso paga por ello.

Eduardo se encontraba de paso por Madrid en un congreso literario dedicado a las miradas en la narrativa contemporánea actual y cuya estancia en la capital sería de tres días. Le gustaba pasear de manera solitaria y observar a los viandantes, por lo que tuvo un cruce de miradas con María. El encuentro fue de los más fructífero posible y se notaba en ambos el deseo de continuar conversando. A Eduardo le pareció muy interesante el pasado de María y para un escritor conocer semejante historia era motivo de excitación intelectual o un hecho para acumular material literario. En el hotel siguieron charlando toda la noche y ya fantaseaban con irse a vivir juntos. “Me gustas mucho, te amo tanto y quiero que me rompas el corazón amorcito”, le decía María. “Vamos a vivir una historia de amor, cariño”, respondía Eduardo. Dada la corta estancia de Eduardo, éste le propuso a María que dejara su vida de prostituta para irse a su casa y empezar un bonito capitulo. Y como dos jóvenes adolescentes se fueron a la aventura a casa de Eduardo. La vivienda estaba situada en el precioso pueblo de Mazutxe a orillas del mar con vistas a un bonito faro, que hacía más bien de farol nunca mejor dicho, dado que había dejado de estar en funcionamiento hace más de veinte años. Según argumentaba el ayuntamiento es que no había presupuesto para mantenerlo y que el pueblo no disponía de puerto como tal. Sin embargo, todos sus alcaldes habían terminado siendo procesados por tráfico de drogas y por blanqueamiento de capitales dejando al ayuntamiento en números rojos, por

lo que la inversión era casi imposible por no decir nula. En fin, la hipocresía humana en todo su esplendor. El caso es que este faro había acabado como refugio de escape para todos los yonquis y para todos los que practicaban cruising en la zona. Dentro estaba todo lleno de preservativos, jeringuillas, latas de cerveza, botellas de whisky, etc. Y pintadas del tipo: "ESPAÑA ES UNA MARICONA MALA" o "LO HICE CON AMOR, NO ME DEBES NADA".

María había quedado asombrada por la belleza arquitectónica de la casa. "Es preciosa", le dijo. Databa del año mil ochocientos noventa y cinco, y había sido restaurada de tal forma que no había perdido ningún tipo de elemento original. Era de una sola planta y disponía de una sola habitación para dormir, un salón-comedor-cocina y un baño. A lo largo de todo el salón una estantería enorme mostraba la belleza visual que presentaba la inmensa colección de libros de Eduardo más todos los que había esparcidos por todos los rincones. Todo era señal de que Eduardo era un enamorado de la literatura. No le había dicho nada a Eduardo de que era adicta a la heroína, pero ¿estas cosas se dicen? Abrieron una botella de vino mientras conversaban sobre las oscuras pinturas de Goya. A María se le empezaba a subir el mono de una manera notable. "Voy un momento al baño, amor", le dijo. Así que con jeringuilla en mano se inyectó su dosis de forma intravenosa. El mono había desaparecido y ahora se encontraba sucumbida en manos de Eduardo de manera casi inconsciente. Éste aprovechó para atarla en la cama y propinarle latigazos cada vez con más fuerza. "¡Eres un hijo de puta!", gritaba María. Esta práctica se había convertido en un modus operandi constante dado que, al terminar, el cuerpo de María se encontraba lleno de heridas por todos los lados y el hijo de la gran puta de Eduardo le dejaba veinte euros en la mesita de noche para que dispusiera de varias dosis de caballo para el día siguiente. Y así todos los días la violaba y hacía con ella lo que quería. El infierno había vuelto a la vida de María.

Todas las mañanas iba de paseo por el pueblo hasta llegar a un lugar que se había convertido en su segundo hogar: el faro. No si antes soportar todo tipo de miradas y de comentarios de los vecinos. "Por ahí va la puta esa", decía un

viejo sentado en una silla. O "esa fea y asquerosa drogadicta como puede estar con Eduardo", comentaban dos señoras que estaban en la calle paseando al perro. Pero María era fuerte y ya estaba acostumbrada a este tipo de vejaciones por lo que le daba exactamente igual. Como decíamos el faro se había convertido en una especie de escape para soportar y aguantar el peso del día a día. Había visto todo tipo de personajes que pasaban por allí al igual que ella para escapar de la realidad a través de las inyecciones de caballo. Los camellos también acechaban el faro para suministrar a todos los yonquis de sus dosis diarias. María siempre iba justa para sus dosis porque gastaba dinero también en tabaco y en café, por lo que tenía que hacer ciertos favores. "¿Guapo te como la polla y me la das?", le decía María al camello. Solo servía si el camello había hecho un buen día, porque al contrario no serviría para nada. Aunque tenía la suerte de pillar ciertos gramos gratis al hacer las mamadas o dejarse penetrar el culo.

Pasaba las horas apoyada junto al faro con unas vistas increíbles. Hablaba al aire, se imaginaba una conversación con el propio faro. "¿Merezco todo esto?". Y las respuestas que rondaban en su cabeza eran del tipo "huye", "sal de este infierno". No estaba enamorada de Eduardo solo era un sostén económico que le proporcionaba vivienda, comida y dinero, pero lo odiaba cada día más porque las palizas en la cama y las violaciones eran cada vez más salvajes, hasta el punto de que presentaba cicatrices en la cara y ya con maquillaje poco podía hacer. No era capaz de abandonar Mazutxe ni a aquel maltratador, ni dejar de ir al faro a drogarse. La heroína era la única razón por la que María seguía adelante en este mundo de mierda. Sus dosis habían aumentado considerablemente, ya no solo iba por las mañanas al faro sino por las tardes y noches también, los camellos estaban haciendo el mes con ella. No podía escapar de esa telaraña. Si no tenía suficientes problemas se añadía el hecho de que había contraído el VIH. ¿Se lo habría contagiado Eduardo? ¿O ella a Eduardo?

El paso del tiempo y las ganas de nada ya le pesaban en el cuerpo. Por primera vez en su vida rondaba la idea del suicidio en su cabeza. Se acordó de todos los poetas que habían acabado con sus vidas y de todos los pintores que se habían

tirado al vacío. ¿Era tan valiente como para hacerlo? Admiraba todo lo que tuviera que ver con la poesía y con el arte, para ella la poesía estaba en todo lo que hacemos. María soñaba con ser artista del mundo del espectáculo, pero sus sueños no se habían cumplido. Le preguntaba al faro "¿Crees que se cumplirá mi sueño?". Soñaba, soñaba y soñaba. Guardaba una libreta donde escribía versos esporádicos a escondidas de Eduardo por el miedo a que le quitara el cuaderno y lo quemara. O peor aún que se los apropiara con autoría propia. Solía escribir los versos antes de ponerse ciega de caballo, de lo contrario no era capaz de nada. Podían hacer con ella lo que quisieran. Escuchaba voces en su cabeza hasta risas que venían del faro. El faro había sido el único que la escuchaba a diario, sus lamentos y sus llantos. Pero esta situación llegaba a su fin. Un día, ella misma, elaboró una dosis letal de caballo. Ya quería poner punto y final a todo lo que le había ocurrido. No creía en las venganzas ni nada por el estilo, su pensamiento era que las personas eran como eran y que no había más. El mundo se había convertido en una cárcel a estas alturas. Sin despedirse de nadie, tan solo del faro con estas palabras "a ti que me has escuchado todo este tiempo y has sido la salvación de mi sufrimiento, te quiero", se inyectó la que sería su última dosis.

Su cuerpo fue encontrado al cabo de dos días con la jeringuilla colgando por el brazo, y ya estaba lleno de moscas y de insectos merodeando alrededor de su cuerpo. La autopsia declaró que había sido muerte por sobredosis.

Un médico forense se guardó el cuaderno que María tenía lleno de versos. El destino quiso que se publicara y la suerte le vino a María no estando ya en esta vida. Se publicó bajo el título: *La vida es un manicomio* y bajo el nombre de la Mari.

El faro, de manera sobrenatural, empezó a alumbrarse y a funcionar con normalidad. Los vecinos comentaban que había absorbido el alma de la Mari.

## Antonio Melloni

### El inquilino

Los sucesos de aquellos meses eran hasta hace poco ignorados incluso por mi persona. Es ahora, por primera vez, que cierta luz ha logrado penetrar los vacíos de la memoria permitiendo al menos vislumbrar las sombras que allí se agitan, sombras que me atormentan nuevamente con sus figuras. Cómo y por qué el faro del recuerdo vierte ahora su luz sobre este desgraciado período de mi vida es algo que el curioso lector podrá saber una vez terminada la historia. De más está decir que he omitido cualquier precisión que permita ubicar el departamento que es, después de todo, el verdadero protagonista del relato. Las causas son evidentes.

Este, el departamento, estaba bien ubicado. No estaba cerca de la universidad pero eso era una ventaja. Disfrutaba caminar por las calles y, generalmente, evitaba el transporte público optando por extender mis tiempos andando. Así, la ciudad europea se desdoblaba frente a mis ojos siempre novedosa, y así también lograba evitar el bullicio y aglomeración de personas en los túneles subterráneos que plagaban la tierra con sus trajes y su mugre y sus tiempos tan monótonos.

El departamento era exactamente lo que uno espera que pueda pagar un joven estudiante latinoamericano en el corazón de una de las capitales europeas. De ahí sus limitadísimas dimensiones. Es cierto que, a primera vista

y en fotografías, el departamento no parecía tan chico y pronto descubrí el por qué: una de las cuatro paredes -porque era un rectángulo- estaba recubierta por un gran espejo cuya profundidad confundía los sentidos. Recuerdo mi sorpresa cuando finalmente aprecié la verdadera extensión del recinto, estando seguro que este se había achicado de alguna manera: en cinco pasos llegaba de un extremo al otro, y en tres lo cubría a lo ancho. Día y noche reflejaba el espejo los infortunados muebles: apenas dos pequeños sillones grises que, de juntarse, querían ser una cama, y dos banquetas que complementaban la angosta barra de la cocina, único elemento del lugar que podía cumplir la función de mesa. Resta agregar a esta descripción un baño oculto en uno de las esquinas, baño que, por otra parte, difícilmente permitía a una persona adulta de proporciones normales moverse con tranquilidad. Pero tras largas semanas de búsqueda, me alegraba haber dado finalmente con un lugar que, además, se correspondía con mi competencia económica.

El departamento pertenecía a un tal *monsieur* Patrick, profesor universitario de sociología. No había nada normal en este personaje, cuyo contacto conseguí en una de las tantas páginas de anuncios inmobiliarios a las que entraba a diario. Era más bien bajo, con pequeños ojos negros que se agitaban inquietos tras unas gafas muy redondas. Su cabeza era muy pequeña y mostraba unos pocos pelos blancos bien gruesos como espinas, y en su cara una nariz puntiaguda y nerviosa que todo lo olfateaba y se movía mientras hablaba. Una piel muy seca enflaquecía sus facciones y uno adivinaba en el rostro del pobre Patrick las aflicciones de un terrible mal.

La única vez que lo vi ya se intuía en su pesado andar, en sus pálidas manos de largos y finos dedos que terminaban en uñas amarillentas y filosas, la aguda caricia de una enfermedad. Aquella mañana, mientras tomábamos un café, me entregó las llaves del lugar y firmamos algunos papeles. Fue entonces cuando me confesó que era precisamente su enfermedad aquello que lo alejaba de la gran ciudad y de su cargo en la universidad, creyendo que la vida rural lograría enderezar su salud, corrompida casi al extremo. Era como

si la enfermedad lo atormentara, siguiéndolo día y noche, y así andaba Patrick, desconfiando siempre de cada sonido o cada movimiento inesperado que entraba en su rango de visión. Y no exagero cuando digo que hasta el más mínimo e imperceptible cambio en el ambiente parecía afectarlo: miraba con desconfianza a los paseantes diurnos que cruzaban por la ventana del café, pegaba saltos al escuchar el ruido de un cubierto que caía al suelo, e incluso lo vi cubriéndose la cara ante el reflejo del sol sobre la mesa. Recuerdo jugar entonces con la idea de que a Patrick lo seguían, la idea de que había un precio por su cabeza y que, intranquilo siempre, actuaba como si toda persona -todo sonido o movimiento- fuese el último, como si toda persona fuera un potencial depredador. Claro que esta idea era totalmente descabellada pues quién iba a querer matar a un pobre y enfermo profesor de Sociología de no sé qué universidad de París. Pero me entretenía y de esa forma no sentía tanta lástima por Patrick y su enfermedad. De qué enfermedad se trataba nunca lo supe y no creí prudente preguntar, pero sobre la tez blanquecina del pobre Patrick asomaban ya sospechas de muerte.

Con infundada vanidad me mostró su departamento. Sin dudas su mente era también víctima de la peste que lo acechaba, pues no de otra manera puede uno explicar la vulgaridad en el decorado. Exceptuando el techo de madera y la pared espejada, había revestido todo el interior con unas baldosas blancas y negras, de plástico, cuyos tristes diseños de flores imprecisas hacían a uno pensar en aquellos *tests* de psicólogos, *tests de Rorschach*, con sus manchas de tinta que parecen moverse y la mente pronto se entrega a ellas con la fatal e ineludible convicción de encontrarles algún sentido. Pues yo no le veía sentido alguno a la decoración que había escogido el profesor más que su locura, su vejez y su enfermedad.

El departamento, cosa particular, se hallaba al nivel de la calle. Patrick llamaba a esto *ground floor* y buscaba convencerme de sus ventajas que, más allá de no tener que subir escaleras, no eran muchas. Rara vez se ocupa el *ground floor* para departamentos, sino más bien para locales; cosa lógica,

pronto entendí, dado que la única ventana del departamento daba a una estrecha calle peatonal y entonces resultaba imposible combinar intimidad y ventilación y, cada mañana, al abrir la ventana que ocupaba casi toda una cara del departamento, observaba yo, y me observaban a mi, los apurados peatones. Me entretenía a veces al ver, mientras estudiaba o cocinaba, la fugaz perplejidad en sus rostros cuando pasaban frente a la ventana y, por un momento, formaban parte -sin previa invitación- de la privacidad de mi hogar. Así, siempre al salir, debía cubrir la ventana con unos pesados postigos de madera, ya que, ha de imaginarse el lector, de dejar abierto cualquiera peatón podría de un salto entrar al lugar.

Una vez finalizado el modesto recorrido Patrick, que hasta entonces se movía con rapidez y cierto regocijo por los recovecos de su departamento, adquirió un tono tan severo, y tan potente fue aquel contraste, que yo, distraído como estaba fantaseando sobre mi nuevo hogar, no pude más que mirarlo con un terror que rara vez he experimentado antes o después. Parecía no querer irse. Miraba cada esquina del cuarto sin emitir sonido. Creí entonces que se estaba despidiendo de su morada a la que tanto esmero había dedicado y que, dada la naturaleza de su estado, seguramente no volvería a ver. La severidad en su rostro pronto se transformó en tristeza, una tristeza aguda, como al despedir a un ser querido. Me pidió un momento a solas y lo esperé en la calle unos minutos. Cuando regresó me dio las llaves y creí ver en su brazo heridas frescas, rasguños de algún gato u otro animal, que no había notado antes.

No había más que decir y el viejo Patrick se alejó caminando mientras yo entraba al edificio a explorar mi nuevo hogar.

El acceso al lugar era del todo sencillo. Desde la calle, uno debía marcar un código y girar una llave, llegando así a un pasillo corto y muy oscuro que desembocaba en una estrecha escalera, de esas que se enroscan por el interior de los edificios viejos en las grandes ciudades. Antes de dar con la escalera, a

mano izquierda, se encontraba la única puerta de acceso al departamento; puerta muy pesada, de madera y con varias cerraduras. Recuerdo ahora mi desconcierto cuando descubrí, uno de los primeros días, que los espacios entre la puerta y el marco casi no existían. Parecía, en este aspecto, la entrada a una bóveda, y desde dentro sentíase uno, al estar también sellada la ventana, en un camarote de un viejo barco. Encerrado en aquél recinto, con la ventana cerrada, no tenía manera de diferenciar entre día y noche, y más de una vez, al levantarme, en ese corto lapso de tiempo que une el sueño y la vigilia, estando seguro de que era pleno día me sorprendió la noche y viceversa. Volvía mi mente entonces al camarote, seguro de que no era posible realmente encontrarme en una ciudad, que aquella idea no había sido más que el delirio de un pobre náufrago, y que al abrir la gran ventana, quebrando así el silencio y la oscuridad, no me encontraría con el bullicio de una angosta calle europea y no me recibirían las curiosas miradas de sus habitantes, sino que esperaba un eterno horizonte de aguas claras a cuyas profundidades pueda yo finalmente entregar mi espíritu, cansado de tanto andar y navegar aquel mar suspendido en el tiempo, fuera del espacio. No sin cierta frustración, apenas empujaba el ventanal, descomprimiendo el cuarto, oía ya el sonido de alguna sirena transitando las calles y me encontraban los fugaces ojos de los peatones.

Por las noches, los contactos con el exterior, tan cuidadosamente cerrados, tan particularmente herméticos, tenían la ventaja, claro está, de darme mayor seguridad. Pronto descubrí el privilegio que era la gran puerta de madera. Nada llegaba a mis oídos de lo que sucedía a pocos metros, ahí fuera, en el pasillo. Más de una vez habrán llegado los residentes de aquel edificio a altas horas de la madrugada, intoxicados con las luces y las bellas calles de su ciudad, siempre alguno, habiendo perdido momentáneamente su juicio en manos del baile y la bebida, deambulaba, estoy seguro, largo rato por el pasillo hasta dar finalmente con las escaleras, pero yo solo oía cuando, quién sabe por qué, daba con mi puerta. A veces eran leves golpes, pero aún así me

despertaban. Otras -la gran mayoría- el sonido aparentaba ser un rasguño. Este último duraba largo tiempo, y generalmente dejaba mi cama y me asomaba a la puerta para ver si podía atrapar al canalla aunque nunca di con nadie.

Debo admitir, sin embargo, que el silencio que concedía el departamento se transformaba, con el correr de las noches, en un silencio abrumador; era una vibración casi imperceptible pero continua que se estiraba sobre la totalidad del cuarto como una telaraña, ocultándose en la oscuridad; era un silencio que pesaba sobre mi espíritu y me sentía indefenso en sus manos y desamparado ante sus ojos. Por momentos ansiaba un ruido, una voz, un zumbido, proveniente de afuera, de aquella ciudad que se encontraba a pocos pasos pero que sentía yo tan lejana; cualquier grito o golpe sobre mi ventana, cualquier sirena o risa de algún paseante nocturno, cualquier sonido que aquiete mi espíritu, que tienda su mano y me eleve de aquel silencio sepulcral. Pero nada.

Y así transcurrieron las primeras semanas, entre estudios y la nutrida vida social de la ciudad que tanto anhelaba antes del viaje y en la que participaba entonces con un entusiasmo que solo la juventud puede proveer. Las noches siempre las pasaba afuera y no volvía al departamento hasta altas horas de la madrugada y casi siempre intoxicado por la bebida o alguna otra sustancia, y esto para evitar el sueño y la lucidez y las noches de encierro entre esas cuatro paredes.

…

Ya llevaba cerca de un mes en el departamento cuando finalmente pude aceptar el hecho de que no vivía solo. Hasta entonces, siempre había logrado encontrar una explicación a cualquier evento fuera de lo normal, y es que ya a los pocos días de estadía, comencé a notar la falta de alimentos. Estando seguro de haber comprado cierta cantidad de provisiones, me encontraba,

para mi sorpresa, con la despensa vacía. Atribuía estas carencias, sin mucho análisis, al simple hecho de que, nunca habiendo vivido solo, no poseía experiencia suficiente para calcular con precisión mis consumos diarios.

Lo mismo sucedía con los sonidos. Pronto entendí que no eran los alegres vecinos en sus regresos nocturnos el origen de los rasguños y golpes, que, por otro lado, no hicieron otra cosa que incrementar noche a noche. Sin embargo, me entregaba al olvido de cualquier particularidad proveniente del silencio nocturno diciéndome que era completamente natural oír en una ciudad del todo nueva y desconocida ruidos extraños. ¡Y qué hábil la mente humana para llegar a las conclusiones a las que aspira! ¡Cuánta destreza para silenciar lo evidente y aquietar el espíritu! Jamás en esos primeros días pensé en que estando, como dije, en un encierro casi hermético, todo contacto entre el departamento y la ciudad se perdía. Pero mi ocurrencia iba aún más allá, siendo mi carácter, que recién daba sus primeros pasos en el camino de la adultez, muy inocente para enfrentar aquello que presentía; y, casi inconscientemente, dejaba la ventana permanentemente abierta, no de par en par, está claro, pero por las noches apenas un espacio, que servía como argumento para cualquier anomalía, pues la alternativa era del todo terrible.

La noche que refiero, aquella de la revelación, no fui víctima de un episodio terrible ni me invadió el horror natural que uno imagina sentir al descubrir que alguien o algo vive oculto en su casa. Era una noche fría de otoño y volvía tarde del cine. Entré al departamento y me vi obligado, por el frío, a cerrar bien la ventana. Cuando me dispuse a dormir, ya tendido en la cama, un sonido apenas perceptible pero ineludible vibró en la oscuridad haciendo eco en todo el departamento, y de las bóvedas veladas de mi mente surgió un simple pero espantoso pensamiento: entre aquellas cuatro paredes tan herméticamente cerradas y alejadas de todo no estaba solo. Pero más que el sobresalto frente a lo terrible fue la resignación ante lo obvio, como recordar algo que hace tiempo se creía olvidado, y entonces obvie toda emoción en pos de encontrar una solución rápida para mi situación.

No es prudente, quizás, hablar de una "guerra" contra *ellos*, puesto que apenas sabía contra qué luchaba y, hablando ahora con una sinceridad que me era imposible en aquél entonces, yo era el invasor y no al revés. Pues sé hoy, pero intuía entonces, que el dominio de aquel espacio les pertenecía incluso desde antes de que allí se asentara una ciudad, o la mera idea de una ciudad, porque aunque no me considero un experto en asuntos oscuros, haber convivido con ellos me ha dado un conocimiento que no muchos tienen y comprendo ahora que son seres que han existido siempre y figurado desde el comienzo de la historia en todo tiempo y cultura. Pero mi carácter inexperto apenas supo distinguir entre los problemas propios de vivir solo y aquellos que ahora clasificaría como sobrenaturales, aquellos frente a los que uno carece de herramientas y respuestas. Y así, no en otro lugar ha de hallarse el culpable de tan terrible desenlace más que en mí mismo y en mi mezquina juventud, mi infundado orgullo de hombre y mi pobre noción de la historia y de sus criaturas, la creencia tan moderna de que el ser humano rige sobre todo y todo le pertenece, y es entonces que opté por los azares de la guerra frente a una convivencia que se presentaba, en principio, serena. Pues *ellos*, más allá del eventual sonido nocturno o la circunstancial falta de algún alimento, apenas se hacían notar; y yo, pasando gran parte del día en la universidad o en las calles de la ciudad, apenas recordaba que estaban allí.

Pero nada me importaba y comencé la construcción del camino que llevaría a mi fatal destino. Al día siguiente de la revelación, planté algunas trampas en el departamento, usando como cebo aquellos alimentos que, noté, eran los más propensos a ser robados por *ellos*. Me creí muy afortunado de encontrarme en una ciudad donde las plagas de roedores eran del todo comunes, y deduje que las trampas más efectivas para los roedores lo serían también para *ellos*. Creo que aún hoy las trampas han de estar exactamente en el lugar donde las dejé, intactas. Mi ofensiva inicial no sólo había fracasado categóricamente, sino que *ellos*, al sentir el ataque, no tardaron en responder. Despertaba en la noche en medio de la más profunda oscuridad y en todo mi

cuerpo rasguños y mordiscos que aún sangraban. Comencé a acostarme totalmente vestido y encapuchado, pues también mi frente y cabeza eran víctima de los ataques que, si bien inofensivos y discretos, no me permitían conciliar el sueño, y de nada servía dejar las luces prendidas para defenderme de mis agresores pues, ni bien me dormía, *ellos* las apagaban y despertaba en la oscuridad.

La situación empeoraba y creí que perdería pronto la cabeza. Y de nada servía llevar conocidos al departamento pues *ellos*, con total naturalidad, desaparecían sin dejar rastro al punto que hasta yo mismo creía haber inventado todo. Pero no, pues apenas me encontraba nuevamente solo, las noches se volvían auténticas pesadillas.

Lo siguiente fue llamar a un exterminador. No fue hasta que él llegó al departamento que comprendí mi error. No sabía como expresarme sin parecer un loco, y en mi desesperación le dije al sujeto -tan alto y gordo era que apenas entraba en el departamento- que me asediaban todas las plagas posibles: roedores, cucarachas, hormigas, y demás. Me observó largo rato con una extraña expresión, casi riendo del estudiante extranjero que no había podido adaptarse a las costumbres de la ciudad. Pero algo en mi desesperación lo convenció y luego de un rato me dijo que, por unas noches, consiga un lugar para dormir ya que los venenos iban a hacer inhabitable el departamento.

Aquellos días que pasé entre amigos fueron los últimos en los que recuerdo gozar de cierta felicidad. Expectante, veía el asunto que me acechaba como algo superado, y festejaba mi ingenio y capacidad de acción. Ansiaba regresar a mi morada, entonces propia y exclusivamente mía, como el capitán que, tras meses atado a las trivialidades del continente, respira nuevamente la brisa marina y, ya desde el puerto, la sola vista de su embarcación lo llenan de júbilo y gracia. Tal fue mi contento al abrir la puerta y no percibir ningún movimiento. Ni un sonido perturbó el silencio aquella noche, y busqué

entregarme a los encantos de la ansiada victoria y soñar los sueños de un hombre libre. Pero aquellos sueños pronto mutaron y los jardínes donde me hallaba se tornaron en desiertos y bosques oscuros en los que se ocultaban las más horrendas figuras.

Mis noches se volvieron monótonas. Dormía mucho, pero esta era mi maldición, pues también soñaba mucho, y los sueños se repetían con vehemencia. La mudez del cuarto me absorbía, se sentaba sobre mí y me enterraba, y soñaba que yacía inmóvil, sepultado varios metros debajo de la tierra; o bien me acechaban, en mis sueños, monstruosos roedores que rodeaban mi cama, impregnándolo todo con su pelaje negro y grasoso. Por momentos se agrupaban alrededor de mi cabeza e incluso sentía el tenue roce de sus patas sobre mis cabellos.

Evitaba dormir. Me quedaba hasta muy tarde leyendo o salía a caminar. Pero era imposible huir de mi suerte. Las fronteras entre el sueño y la vigilia comenzaron a desdibujarse. Me echaba con la luz prendida y eventualmente despertaba en la oscuridad. Incluso ignoraba si había dormido o no. Buscaba revelarme, pero siempre terminaba mirando fijamente la oscuridad, y en la oscuridad los sentía a *ellos*. A veces creía distinguir el brillo de unos ojos amarillos, miles de ojos que me miraban, y más de una vez traté de sorprenderlos prendiendo repentinamente la luz, aunque siempre fue inútil.

Los sonidos comenzaron nuevamente y con ellos un picor infernal carcomía mi cabeza, como si minúsculos seres estuvieran rasgando la superficie, rompiendo poco a poco los vasos sanguíneos y levantando imperceptibles partículas de sangre. Me vi obligado a modificar considerablemente las compras que yo hacía, priorizando los alimentos que a *ellos* les gustaban. Comían mucho más, y encontraba con frecuencia grandes marcas de mordidas y rasguños en los envases. Ciertas madrugadas creía escucharlos en la cocina, disputándose las sobras. Salía cada vez menos, no sintiéndome seguro lejos del departamento. Apenas trataba con gente, y más

de una vez me hicieron notar mi extraño comportamiento. Siempre ausente, me inquietaba cualquier sonido inesperado, y constantemente observaba sobre mi hombro en busca de algo. La luz solar me era poco tolerable, pero las jornadas fueron cortas aquel otoño, y casi siempre estaba nublado.

…

Fue en esos días cuando inició el rumor de una pandemia. Comenzó como un eco lejano, proveniente de algún país oriental; un eco desfallecido, que golpeaba ya sin fuerzas la poderosa Europa. Pero con el paso de los días, anunciaban los medios que la pandemia ya se escabullía sobre la falda de los Alpes, que corría por las costas mediterráneas, y que no tardaría en deambular por las calles de la ciudad.

Entre anuncios sanitarios, observaba el rápido andar de las personas, la evidente sospecha detrás de cada interacción, la zozobra ante un mal desconocido, y cómo el miedo empezaba ya a desdibujar sus semblantes. Era para mí una alegría. No solo ya nadie se fijaba en mí condición, sino que me sentía menos solo en mi desgracia; aquello que sufría era ahora común a todos, de alguna manera, y cada rostro no devolvía ya miradas de reprobación o -peor aún- compasión, sino que en ellos observaba mis propios infortunios impresos. Poco me importaba la peste oriental. Aprovechaba, acorde a las recomendaciones de las autoridades, y me quedaba dentro del departamento donde estaba a salvo, rendido en la oscuridad, suspendido entre esas cuatro paredes, lejos de aquellos que deambulaban la calle empestados, e incluso sentía compasión por estas personas que desconocían el mal que los acechaba, mientras yo bien conocía, y ya apreciaba, a mis compañeros.

Tendido como estaba gran parte del día, encerrado en el cuarto con la luz encendida, oí los anuncios de la clausura total e indefinida de toda actividad y el confinamiento de las personas. Un último suspiro de lo que fue mi entusiasmo por la ciudad se agitó en mi desfallecido espíritu. Pensé en sus

bulevares, avenidas y pasajes peatonales. Pensé en el constante rumor que nacía bajo los toldos de bares y cafés, y en aquellas luces doradas que esclarecían el mármol eterno de sus edificios.

Creí ver cómo un velo negro cubría toda la ciudad, y lo último que recuerdo antes de que *ellos* apaguen la luz fue el suave roce de un negreo pelaje. Ya no sentí miedo y abracé la oscuridad y el silencio y las criaturas que allí habitaban.

…

Eventualmente la pandemia hizo imposible la experiencia europea y me vi forzado a dejar el departamento, la ciudad, el continente y regresar a mi país. Mientras más me alejaba, más notaba que mi persona volvía a ser la misma y que aquella experiencia me abandonaba para perderse en los desconocidos caudales de la memoria, y creo que, al aterrizar en Argentina, no tenía recuerdo alguno de lo sucedido en el departamento y los rasguños y mordeduras y las caricias apenas se notaban y, si las pensaba, era con cariño y afecto. Claro que las semanas (o meses) de encierro en el departamento se aparecían como una figura desdibujada y ajena, pero todos se sentían así aquellos días de encierro.

No fue hasta hace unas semanas que recibí noticias de Patrick, y su carta me llevó a recordar el episodio. En la carta, explicaba como el largo confinamiento no le había permitido atender el departamento, como este había permanecido sellado exactamente como yo lo dejé. El viejo Patrick, cuya salud había mejorado casi en su totalidad, me agradecía con cierta complicidad que, antes de irme y cerrar, haya dejado suficiente comida para que también *ellos* pudieran sobrevivir el confinamiento.

## Silvia Sánchez Muñoz

### La ciclista de nieve

Piso el hielo por el simple placer de escuchar cómo se resquebraja. Dejó de nevar hace una semana. Las nubes se abren y tímidos rayos del sol me acarician el rostro. El lago se tiñe de dorado, como una cortina que se pliega a la luz, reavivando los pequeños cristales que adornan las orillas alejadas de la penumbra y que pronto se derretirán. Nada permanece.

Paul y yo llevamos hablando un buen rato sobre temas triviales, incluso diría que frívolos, como si estuviéramos frente a una mesa de billar y golpeáramos las bolas a nuestro antojo, con el solo propósito de no darle a la negra, con el firme propósito de no hablar de ti. Cómo si fuera posible. Ya sabes que a tu marido le encanta la retórica: esos circunloquios llenos de palabras huecas y oraciones subordinadas que esconden lo importante tras su mirada esquiva, muñecas rusa unas dentro de otras, idénticas en forma pero no en tamaño, jugando a ocultar la esfera de cristal. A mí, en cambio, me gustan las preguntas directas, el brillo de las pupilas en el otro, el silencio a las palabras huecas. Por eso interrumpo su carambola dialéctica y le espeto sin filtros:

—¿Por qué me has pedido que viniera?

—¿Disculpa?

—No me cambies de tema. Llevamos hablando un buen rato sobre chorradas y no estoy aquí para eso. Además hace un frío que pela.

Al decirlo, soy consciente de que mi tono en inglés es aún más seco que si hablara en español sin hacer ningún esfuerzo para que suene menos directo, quedando en evidencia esa tendencia en el carácter mediterráneo de encarar la vida con imperativos en lugar de preguntas retóricas. Paul podría decir muchas cosas al respecto, abanderando la cortesía norteamericana llenas de buenas intenciones. Pero no es el día. Ni yo voy a hacer ese esfuerzo adaptando mi sintaxis, como otras veces, ni él se va a quejar al respecto. Se queda callado unos instantes hasta que arranca.

—Supongo que por puro egoísmo.

—…

—O por todas esas preguntas que se quedan sin respuesta. En los últimos años cuando pintaba a Nora, había algo, no sé cómo definirlo…, sus contornos se me escapaban. No he logrado terminar ninguno de los últimos cuadros en los que ella aparecía. Nunca me echó en cara que no la pintara más a menudo. Lo entendía. Por eso siempre la admiré. La admiré y la envidié. Su conciencia, la manera de estar en el mundo, se hacía responsable de los errores sin culpabilidad ninguna, manejando las situaciones hasta encontrar un equilibrio que para los demás habría sido una caída al vacío. Y ese equilibrio se rompió, o ella se negó a recomponerlo después de lo de Taylor. ¿Sabes lo que me decían en el pueblo?

—Sorpréndeme.

—«Vigila a tu mujer porque quiere matarse de frío». Lo comentaban con una preocupación sincera, sin juzgarla, aceptando que Nora no tuviera más opción que pedalear por carreteras rodeadas de nieve sin un rumbo fijo,

forrada de negro, con un casco y unas gafas de esquiar. Como si en cada curva buscara a Taylor, como si quisiera que la fría noche oscura la tragara.

—¿Por eso os fuisteis al sur?

—Sí, lo hice para alejarla de la nieve, de su propia locura. Seguiría montando en la bici, lo daba por hecho, rompiendo esos límites que ella misma se imponía, vete tú a saber qué quería demostrar. Al menos no moriría de una hipotermia. Pensé que unas temperaturas más cálidas la sentarían bien, que salir de casa sería lo mejor, huir de tantos recuerdos. Aquí los inviernos son duros, ya sabes. Fue un error. Ni aquí, ni allí, ni en ningún otro lugar… el equilibrio se había roto —se queda callado como masticando el significado de su verborrea; no estoy segura si me habla a mí o así mismo—: Siempre hubo algo en mi mujer que yo no pude… Alguna pieza que no era capaz de… O no supe cómo. En cambio, tú eres una de las personas que más la conociste.

—Quizás te exigías demasiado por complacerla. A veces las personas no necesitan tanto.

—O quizás no estaba en mi mano. En cambio, cuando venías a visitarnos, todo encajaba. Hasta sus gestos se volvían más relajados.

—Pareces olvidar que tuvo una vida antes de ti. Estuvimos muchos años juntas. Además, yo era de las pocas personas con las que podía hablar en su propio idioma cuando os visitaba, conmigo y con Taylor. Tal vez es esa pieza la que te falta.

—No estoy tan seguro.

—¿Sabes cuál fue tu problema? Nunca te preocupaste de aprender español lo suficiente, lo que habría significado hacer algo por ella, no solo satisfacer tu egoísmo, sino…

—No, no, eso no…

—Déjame que termine —lo interrumpo—: Por ella y por Taylor. Y no es que te lo esté echando en cara, que también, pero tú tomaste esa decisión hace tiempo porque no lo considerabas importante, y quizá sí lo era. A veces Nora me contaba que te sentías aislado y a menudo te apartabas cuando ella y la niña hablaban en español, como si habitaran un mundo que te excluyera. ¿En serio? ¡Joder, eras tú el que te excluías! Y encima pedías a los demás que se disculparan. ¡Por dios! ¿Por qué no hiciste ese esfuerzo? ¿Tanto te costaba?

—No sé por qué te contó eso. Sigo pensando que no era relevante. Nora llevaba décadas viviendo aquí. ¡Era traductora! A veces le dais demasiada importancia a los detalles.

A Paul le da igual que haya otras formas de decir las cosas y, aún sabiéndolo, no haga el mínimo esfuerzo de hacerlo.

—¿Le damos? ¿Quiénes? Tal vez no valoras la importancia que tienen esos detalles. Precisamente por su trabajo. ¿No lo entiendes? Quizás le agotaba navegar entre ambos idiomas, reinterpretar de manera continua la vida. Le exigía un control continuo del lenguaje, ya sabes lo exigente que era, y en ese engranaje lingüístico se te escapaba su esencia…

—¡Menuda chorrada! Mira, vamos a dejarlo. No es eso de lo que quiero hablar… Escucha, te pedí que vinieras porque quiero que me ayudes a reformar la casa.

—¿Cómo?

—Sí —saca un cigarro y lo enciende protegiendo la llama del viento con la mano derecha. Lo miro sorprendida. Ha vuelto a fumar después de una década. No le culpo. En realidad me da igual que lo vuelva a hacer—: Han salido unas grietas en el piso de arriba. No tienen buena pinta. Quizás se han

producido por las últimas nieves. Tardamos varios días en quitarla del tejado y las vigas han estado soportando demasiado peso. No sé. Un arquitecto vino a verlas y dijo que eran propias de la estructura de la casa asentándose en el terrero. Luego consulté a la amiga de un amigo, por eso de tener una segunda opinión, y comentó justo lo contrario: que el terreno está cediendo. La humedad, ya sabes. La cercanía del lago. Así que prefiero no esperar a que los daños sean mayores. Quiero que seas tú. No tienes por qué concederme este favor, lo sé, pero conoces la casa mejor que nadie. Tú la diseñaste. Puedes empezar si quieres dándome un presupuesto, así nos hacemos una idea, y luego, pues ya veremos. Mientras tanto, podrías quedarte en el estudio como solías hacer. A ella le hubiera hecho muy feliz, se hubiera enfadado si supiera que estás en un hotel.

— Me hubiera echado una buena bronca, sí. Habría sido capaz de ir a recoger ella misma mis cosas para que me quedara aquí.

Sonreímos. Es inevitable hablar de ti como si aún estuvieras, un recurso fácil al que todavía no podemos renunciar.

—¿Lo harás?

—¿Recoger las cosas del hotel y quedarme aquí estos días?

—Mmm, podrías empezar por ahí, sí.

—¿Sabes? En realidad no tendría por qué. Al fin y al cabo diseñé la casa para sus padres, cuando aún no era vuestro nidito de amor. Se la cedieron como herencia porque ellos dejaron de venir cuando decidieron volver a España y te recuerdo que poco después me dejó por ti.

—Lo dices como si nos mereciéramos lo que nos ha pasado.

—Eso lo estás diciendo tú.

—Disculpa.

—…

—Es difícil no proyectar en los demás lo que nos ha ocurrido.

Me sorprende su honestidad. No es propio de él. Lo miro: ha envejecido en los últimos meses. Cuánta tristeza dejan entrever sus nuevas arrugas y cuánto cansancio. Sus ojos escrutan el lago, inseguros, sin posarse en ningún punto en concreto, como si buscara el vuelo de algún pájaro huidizo levantando el vuelo. Me duele verlo así. Me duele por ti y por Taylor. Recuerdo que no pude venir al funeral de Taylor hasta una semana después por los plazos del visado. A los pocos días de llegar, entendí que vuestro matrimonio se había roto. El accidente de Taylor os había devastado y no encontrabais —ni encontraríais— las piezas con las que volver a recomponeros. Estabais tan lejos el uno del otro que aunque uno se cayera por un agujero negro, el otro ni siquiera se enteraría pensando que seguiría sentado en algún rincón de la casa. Y en efecto así fue: tú fuiste la primera que cayó.

—Tal vez es demasiado.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—Lo que te estoy pidiendo.

—A decir verdad no sé muy bien por qué me lo estás pidiendo. Te voy a decir una cosa que nunca pensé que te diría, pero ¡qué cojones! Nunca me has caído bien. Lo intenté, de verdad que lo intenté, por ella y por Taylor. ¡La engañaste tantas veces! Aún así, ella eligió quedarse y durante estos años he intentado entender el porqué.

Sus ojos, mudos de expresión, siguen en el lago. Oímos un crujido.

Luego otro. En las próximas semanas el hielo irá cediendo cada vez más. La quietud dará paso al movimiento.

—No sé si voy a poder —prosigo—no sé si quiero, no es justo, tengo muchos recuerdos en esta casa, pasamos largos periodos aquí cuando aún era de sus padres. Sería como cercenarlos de mi propia memoria. Y eso no me lo puedes robar, eso sí que no. A simple vista la casa no está en tan mal estado. Puede aguantar una buena temporada. Y quizás es lo que tú necesitas, pero yo no. No me hagas cómplice de tus fantasmas. Yo estoy en paz con ellos.

—Está bien, está bien, tranquilízate. Lo entiendo.

Las ramas de los árboles se agitan como hermosos mástiles mecidos por una brisa gélida que me corta la cara.

—¿Y la bicicleta?

—¿Cómo dices?

—La bicicleta. ¿No me dijiste que la pudiste recuperar? Me gustaría verla.

—Está el cobertizo. La he arreglado.

Sólo él puede hacer algo así. Arreglarla después de que te precipitaras con ella al vacío. Lo miro muy lejos de comprenderlo. En la parte del lago donde las capas de hielo ya se han quebrado, algo salta y se zambulle. Unas ondas se expanden en forma de remolino cuyas aristas pronto mueren contra los bloques translúcidos. El sol se esconde entre las nubes. Una luz plana y grisácea oscurece la superficie del lago. Me subo el cuello del abrigo.

—¿Te importa si volvemos? Está haciendo frío.

—Claro.

Habito este espacio ingrávido donde impera el silencio de una voz ausente que no me llamará. Tu casa. Vuestra casa. Los rincones aún conjuran a tu favor y en nuestra contra. No sé colocar las ráfagas de recuerdos que me visitan, ni dialogar con los tiempos que se han ido. Los años nos convirtieron en compañeras de diversos naufragios, el nuestro propio como pareja y los que vinieron después. Cómo bien decías, no se puede ser un naufrago sin tener un Viernes a tu lado, aunque a ninguna de las dos nos gustaba el paternalismo del personaje ni quisimos ser robinsones de nada. Quizás por eso Paul me ha llamado, porque su Viernes soy yo. O al revés. ¡Qué ironía! Aún intento comprender por qué accedí a retrasar mi vuelo a Madrid después del funeral cuando me comentó que tenía que pedirme un favor. Te reirías de tan solo vernos: los dos plantados en medio de este frío, contemplando el lago y proyectando retazos de tu persona en los brillos de la escarcha plateada. Qué raro estar a su lado sin ti. Tu ausencia entre nosotros es como andar en aguas pantanosas.

Habito tu casa, vuestra casa, donde fuiste feliz. ¿Fuiste feliz? Qué más da, supongo que «fuiste», como lo «somos» el resto. Es curioso que cada vez que nos veíamos, un par de veces al año, no solías hablarme de ti y de Paul, sino de los libros que traducías, de los viajes que solíais hacer a otros estados o por España, cuando venías a ver a tu hermana a Madrid; de Taylor, de cómo crecía, de sus logros en el colegio; de los tuyos propios. Pero no de él, de vosotros. A veces decías: «Paul está bien, como siempre», y cerrabas el círculo, como si continuar con una subordinada hubiese sido un tremendo esfuerzo que no mereciera la pena o no quisieras hacer. O quizás lo hacías por mí —aunque ya no había nada que perdonar, tanto tiempo había pasado—. O por pudor. O porque las cosas no iban bien entre vosotros y no querías admitirlo. Tú siempre tan digna. Tan orgullosa. O porque preferías no hacerlo, no te daba la gana y punto. Como hacías con otras muchas cosas, «no todo tiene que tener un porqué», decías a menudo. Y tenías razón.

Habito tu casa, vuestra casa, donde veía crecer a Taylor por temporadas.

Esa niña que quise más que a mis propios sobrinos. «Tenías que haber sido madre», insistías. «No es para mí», te respondía. Era demasiado egoísta para ello, que el trabajo, que el estudio, te insistía, no quería renunciar a nada después de todo lo que me había costado. Y solías decir cosas como: «En realidad los egoístas somos los padres». Y yo te miraba sin entender, disfrutando de Taylor como a mí me gustaba, sin ponerla límites, permitiéndole todo aunque me pidieras que no la mimara tanto.

Nuestra Taylor.

Recuerdo el día que vino el chico con su madre. Les abrí la puerta. Tú estabas dándote una ducha. Paul había ido a hacer la compra. Desde mi llegada, me había hecho con las riendas de la casa, ocupándome de tu día a día, un día a día cuya luz te negabas a dejar entrar. Aún recuerdo la expresión de la madre: de absoluta devastación. El chico entró en casa con la mirada escondida, incapaz de encontrar unas palabras que a los diecisiete años la vida aún no le había enseñado a decir. Les hice pasar. Se sentaron. No me lo perdonaste: hablar con ellos, darles el consuelo que necesitaban recibir de vuestra parte, de ti, de Paul. Apareciste en el comedor como una hidra. Apenas miraste a la madre. Te dirigiste al chico. Le cogiste de la barbilla para que te mirara a los ojos y aún hoy recuerdo el tono en el que le dijiste: «¿En qué estabas pensando cuando tenías el volante entre las manos?». El chico se quedó paralizado. La madre se echó a llorar, y yo, sosteniendo la bandeja con el café y las pastas que les traía, no tuve otro remedio que dejarla sobre la mesa y acompañarlos a la puerta. Antes de cerrarla, me di cuenta de que los pantalones del chico estaban mojados, desde la entrepierna hasta los tobillos. Puse mi mano en su hombro a modo de triste consuelo. ¿Qué más podía hacer? Al cerrar la puerta, empezamos a discutir: te llamé egoísta, y me respondiste que era tu dolor y sólo tú decidías qué hacer con él. Lo último que nos dijimos fue:

—No tienes derecho.

—Y tú eres una déspota.

En la cena, ya más tranquilas pero sin apenas mirarnos, sugerí como una manera de zanjar el tema que sería buena idea que los tres visitáramos al chico y a su madre. Paul me miró agradecido y a ti no se te escapó nuestro cruce de miradas, como si estuviéramos conspirando contra ti. Nada más lejos de la realidad. Paul y yo en esos momentos no hubiéramos conspirado ni para matar a una mosca. Dejaste los cubiertos sobre la mesa con ese sonido que da fin a las conversaciones y a las ganas de seguir comiendo, te levantaste y nos dejaste solos con nuestro empeño de que «entraras en razón». Fue la única vez que Paul y yo estuvimos de acuerdo en algo. Nunca nos lo perdonaste.

Habito tu casa, vuestra casa, desde la que se ve el bosque e imagino todo el esfuerzo que debió hacer Paul para sacarte de aquí. Con lo tozuda que eras, con lo rota que estabas. Hasta tu voz cambió. Porque las voces también se quiebran. Eras como las paredes de una vieja casa por donde empiezan a crearse grietas. Grietas que no harán que se caiga en pedazos pero sí que sus crujidos resuenen en la noche. A menudo, cuando rehabilito viejas casas, veo cuáles aguantarán los vaivenes de las personas que la van a habitar y cuáles no. Por mucho dinero y tiempo que inviertan, por muchos cálculos que hagamos en los proyectos, ni siquiera los materiales nobles importan porque hay lugares cuya raíz está rota. Como las personas.

Habito tu estudio, donde duermo. Hace días me traje las pocas cosas que tenía en el hotel. Al final Paul se ha salido con la suya. O lo he hecho por egoísmo: quedarme aquí significa estar cerca de ti y de Taylor. Lo más cerca que podré estar. Me gusta encontrarme con tus libros. Algunos cantos los reconozco. Aún encuentro mi letra en las dedicatorias de las primeras páginas, palabras de una geografía que ya es lejana, que no duele leer, que gusta evocar, como se hace con viajes de lugares que nos hicieron felices pero a los que sabemos que no vamos a volver. Me encuentro con alguna vieja foto desde la que tu rostro joven y despreocupado sonríe, y me fijo en tus ojos y hablo al

recuerdo de tu yo joven y me pregunto por qué te empañaste en no seguir, por qué no esperaste a que el tiempo hablara por sí mismo, como a menudo decías con los dramas de los demás.

Por qué hay tantos porqués.

Paul ha salido a comprar. Aprovecho para ir al cobertizo. La vieja puerta resuena. Las bisagras están que se caen. Huele a humedad. Compruebo las vigas. Tendremos que reforzarlas con placas de hierro o aluminio, o algún día Paul se llevará alguna sorpresa. Habrá que añadirlo al presupuesto. La bicicleta está detrás de unas cajas. No sé por qué la conserva. Supongo que es una especie de ofrenda que ha elegido hacerte. Tu marido tan meticuloso y al mismo tiempo tan contradictorio. La ha lijado y pintado, supongo que para quitarle algunas manchas que quedaron tras la caída al río, aunque, en realidad, debería decir «salto», e incluso si me pongo metafórica «zambullida» o «inmersión». Al fin y al cabo, y permíteme la ironía, eras consciente de que ese último pedaleo que ibas a dar te iba a llevar a otro «estado». Siempre tan perfeccionista con las palabras, a menudo buscabas la expresión precisa, la definición perfecta, el sinónimo certero. Si en lugar de un sustantivo escogiera un verbo, podría decir: las manchas que quedaron tras «lanzarte», o «arrojarte», «precipitarte», «tirarte», todo en reflexivo… ¡Maldita seas! ¿Siempre tenías que salirte con la tuya?

(…)

La bicicleta.

Luce con esplendor sobre el soporte que la mantiene erguida, llena de vitalidad, preparada para la carrera. La vida es irónica y mordaz porque los objetos a menudo nos ganan la batalla. El manillar nuevo contrasta con el tamaño del cuadro —más grande y algo desproporcionado—, como diferentes parches ensamblados que dan visión de conjunto. Me gusta. Paul

ha cambiado también la rueda delantera; en la trasera la llanta tiene una hendidura que debió sobrevivir a «la caída». La cojo. No pesa. A menudo me hablabas de ella por Skype, de los muchos modelos que habías visto hasta ir buscando las piezas por separado y montarla tú misma. De las ruedas. Recuerdo que me lo explicaste porque yo apenas distinguía una de montaña de una de carreras: «Es muy fácil. La diferencia está en las ruedas y en el manillar». Y me hablaste del grosor de unas y de otras, del ancho de los neumáticos, de las ventajas de que tu modelo nacería de lo híbrido, porque como decías: «Qué aburrido es la pureza». Y yo te escuchaba con cierto alivio porque ya eras capaz de construir una oración entera sin balbucear ni nombrar a Taylor y pensaba que era una buena señal.

La saco del cobertizo. Intento montar con torpeza por el sendero donde la nieve ya se ha derretido. Me adentro en el camino de tierra, moviendo el manillar hasta mantener el equilibrio de una manera digna. Las bicicletas no son lo mío. En lugar de inclinar la espalda, me apoyo en la parte superior de los cuernos e intento ir en línea recta. Cojo velocidad. Los radios giran y giran y me pregunto qué parte de Taylor encontrabas cuando pedaleabas en la nieve. Qué parte de la nada conseguías que no te tragara cuando eras un punto negro sobre un fondo blanco. Inclino la espalda en paralelo al cuadro, ganando seguridad. Llego a la carretera y por el asfalto la bicicleta se desliza como si caminara sobre las aguas. Pedaleo con más y más brío. El viento sobre la cara. Pájaros revoloteando entre los árboles. Cómo el vértigo me encoge y emociona a partes iguales. Las curvas se abren complacientes a los caprichos del manillar. Oigo el canto. Un canto cálido y tímido, sostenido, un canto sin letra, igual que solías hacer cuando andabas entretenida con cualquier cosa y tu voz me susurra al oído, y ríes y yo sigo pedaleando y sonrío y me adentro en las curvas como si fuesen una línea continua que traspasara fronteras, un reloj sin tiempo sobre el que las ruedas no pararán de girar y girar.

## Tomás Veizaga

### Cumpleaños

Vivían en una casa bonita y de dos pisos, pero no podía decirse que llamara particularmente la atención, sino todo lo contrario. En ese sector todas las casas eran iguales. Tenía un patio delantero con ligustrinas, y uno trasero que colindaba con un sitio eriazo, donde había un auto estacionado.

Ocurrió un lunes por la tarde.

El hombre alto venía caminando por la vereda. Sus pasos largos apenas se escuchaban, y sostenía una sorpresa. Abrió la reja mirando alrededor, cruzó el antejardín y tocó.

Se escucharon voces dentro de la casa, y pasitos apresurados.

Cuando abrió la puerta, el niño vio al sujeto parado con una torta en las manos y una sonrisa. Vio que sus dedos afirmaban con firmeza un montón de merengue, cubierto por una cúpula de plástico.

—¡Benja!

—¡Raúl! —contestó el niño, saltando.

—¡Mi regalón! Trae a tu hermana y dile que venga a saludarme. Voy a dejar

esto en la cocina, ¿ya?

Benjamín sonrió y corrió al segundo piso, a buscar a su hermana.

Raúl fue a la cocina y puso la torta sobre el mesón. Cuando se volteó vio al niño corriendo nuevamente, hacia él. Se abrazaron efusivamente.

—Feliz cumpleaños —dijo el hombre, agarrándole un cachete—. ¿Y la Angélica?

—Ya viene, dice que está en el baño.

—Está bien. Ayúdame a poner la mesa.

En eso estaban cuando, pasado un rato, apareció Angélica, recién arreglada y perfumada. Se asomó a la cocina y los vio quitando el domo de plástico de la torta. Benjamín estaba fascinado.

—¿Y tú? —preguntó la joven, mirando al hombre.

—¡Cómo! —contestó él—. ¿Así me saludas?

—Tenís que pagarme.

—Sí, traje tu plata —dijo Raúl, metiéndose una mano en el pantalón. Sacó unos billetes y se los alargó con una sonrisa sin dientes.

Angélica también sonrió a medias:

—Gracias —dijo, y recibió el dinero evitando tocarle—. ¿De qué es la torta?

—De merengue.

La joven se acercó despreocupadamente a la ventana que estaba a un

costado de la puerta de entrada, aplanó el visillo contra el vidrio y miró hacia afuera:

—¿Te viniste caminando con esa torta? —preguntó, alzando la voz.

—No —dijo Raúl desde la cocina, tosiendo y buscando algo entre los cajones—. Tomé un taxi —agregó, sacando un cuchillo.

Cuando el hombre y su niño entraron al comedor con la torta, Angélica se unió a ellos en la mesa.

—Oye, ¿por qué tanto perfume? —preguntó Raúl—. ¿No irás a salir? Supongo que no invitaste a nadie...

—No, hueón —dijo ella, riendo—. O sea, sí, pero voy a salir más rato. Con mi pololo.

—No digas garabatos frente al Benja.

—Perdón.

El hombre sacó cinco velas de su bolsillo y las puso sobre la torta. Las encendió y miró a la joven, indicándole con un gesto que era hora de cantar el Cumpleaños Feliz. Benjamín miraba las llamitas con los ojos brillantes.

Ella arrugó el entrecejo, pero luego de una insistencia disimulada, cedió:

—Está bien, pero lo hago solo por él —declaró, resoplando—. Y porque me gusta el merengue.

—Gracias —dijo Raúl.

Cantaron.

Después, aplaudieron un poco. Raúl se dispuso a cortar el pastel, mirando al niño de reojo. Los movimientos eran diestros y suaves, el merengue se apartaba con suavidad. La joven miraba las manos que manejaban el cuchillo: huesudas, precisas.

Comieron.

Cuando Angélica apartó su plato vacío, se paró y dijo:

—Ya, los dejo. Estaba rico, gracias.

—¡Cómo! ¿Vas a salir? —preguntó Raúl.

—Todavía no, voy al segundo piso. Tranquilo.

El hombre asintió y se levantó.

Se paseó por el living, mirando las cosas con una vista aguileña. Acomodó un cuadro que estaba chueco, alisó el mantel de una mesita de arrimo, sobre la cual había un teléfono fijo. Verificó si tenía tono. Luego sacó una pipa metálica de su bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Benjamín, acercándose.

—Nada. ¿Te gustó la torta?

El niño asintió y se acercó a una caja para sacar sus juguetes: un montón de piezas ensamblables y de colores.

—¿Alguna vez habías tenido un cumpleaños así, de verdad? —preguntó Raúl, pero el pequeño jugaba dándole la espalda—. Ven a darme las gracias, Benja —agregó, dejándose caer sobre un sillón y estirando las piernas.

Benjamín se acercó y lo abrazó, trepando sobre él.

—Gracias, Raúl —dijo, y lo besó.

Después bajó al suelo y volvió a entregarse a sus juguetes.

El hombre abrió los ojos lentamente, suspiró y empezó a rellenar su pipa. Se soltó el pantalón. Fumaba y miraba la habitación, a sus anchas, desde su altura. Luego se inclinó, fijando la vista sobre el pequeño:

—Oye —dijo seriamente—. Me gustaría que me dijeras «papá», no «Raúl». Ya es hora, ¿no te parece?

Benjamín sonrió, ladeó la cabeza y luego siguió jugando.

Raúl fumaba despreocupadamente. Comprendió que el niño estaba construyendo una especie de circuito, donde una pelotita de metal, desgastada y llena de rayones, debía caer por una serie de canaletas, toboganes, rampas y trampas, hasta llegar al punto final. El juego de causas y consecuencias, la lógica del asunto le hizo regocijarse, y amar al pequeño aún más. Pero otra cosa del asunto le preocupaba, aunque no sabía exactamente qué, pues consideraba que lo había hecho todo bien.

Suspiró sonoramente, expulsando humo. Le dieron ganas de quitarse los zapatos, pero se arrepintió. Decidió intentar relajarse; a fin de cuentas había estado ansioso, esperando este día.

Cerró los ojos y dormitó, sin quererlo.

Despertó sobresaltado.

Tenía la pipa apagada sobre el regazo. Su primer reflejo fue escondérsela en un bolsillo de la chaqueta.

—Mierda. Se me hizo tarde —masculló, buscando su celular para ver la hora.

«No», pensó; «aún es temprano, menos mal».

Estaba extrañado, nunca se había quedado dormido antes. Tal vez se había relajado mucho, se había dejado llevar por los sueños. ¿Qué había soñado? Algo sobre pájaros y nidos...

Comprobó satisfecho que eran apenas las cinco de la tarde. Se levantó y estiró su cuerpo, bostezando. Después hizo sonar los huesos de las manos y empezó a buscar al pequeño, rascándose la cabeza, intentando olvidar la pesadilla.

Los juguetes de Benjamín estaban en el suelo, la pelotita vieja en su punto final.

—¿Benja? —preguntó.

—Estoy acá —contestó el niño, desde la puerta de entrada. Miraba por la ventana de un costado, a través del visillo, tal como había aprendido de su hermana.

Raúl levantó una ceja y preguntó:

—¿Hay alguien afuera?

—La Angélica.

—Ah —contestó él, suspirando—. Menos mal. —Se pasó la lengua por los labios. Se paró y se acercó indirectamente al niño, como acechándolo entre los muebles—. ¿Hagamos las tareas? Estamos en la hora.

Pero Benjamín seguía mirando por la ventana, curioso.

—¿Qué pasa? —preguntó él, bajando los hombros. Luego enderezó el cuello

y agregó—: Oye, espera, ¿a qué hora salió tu hermana?

Se acercó a mirar. En la calle de enfrente, se divisaba a través de las ligustrinas a Angélica junto a dos adultos. Apuntaban la casa y hacían llamadas.

Raúl se llevó los dedos al entrecejo.

—Me tengo que ir, Benja —musitó, abriendo los ojos y extendiendo un brazo para acariciar una de las mejillas del niño.

Caminó como en sueños. Miró la torta, los platos usados sobre la mesa. Pensó que no había nada que hacer al respecto.

Fue al patio y se paró frente a la pandereta que separaba la casa del sitio eriazo donde estaba el auto estacionado. Era un hombre alto, no le sería difícil trepar.

# POESÍA

## Juan Álvarez Iglesias

# EL FILÓLOGO SE CONFIESA A SU AMIGO POETA

*A Alejandro Bellido*

Querido amigo Alejandrito
escribo con vinillo de Salento
esta epístola porque, maldito,

el que a ti te sobra me falta a mi talento
y espero que con ella no te dé una apoplejía
al escuchar endecasílabos sin acento.

Discuto mucho sobre qué es la filología

y en pocas me doy cuenta de que no es nada,
son discusiones bizantinas, una tontería.

Pero, ¿y el placer de reducir a esquema un hada?
Convencerme de que el pasado es presente
y que algo la silva de Góngora significa contada.

Disfrutamos, en fin, de charlas con los ausentes
e incluso vemos en el verso de un amigo
la historia que compartimos como amantes.

Es raro—lo sé—, despertarse y leer a un enemigo,
ese maldito endecasílabo que, indescifrable,
te recreas en esa infancia de lectura entre el trigo.

Me veis cada día pasear leyendo, incomprensible
acto de revolución. Silenciosa eso sí,
o no: leer en alto es compartir lo más agradable.

He leído mucho, algunas un pendón fui
—hay que reconocerlo—, aunque son tantos años,
tantas páginas, tantos libros, tanto de mí.

A veces llego al orgasmo con mis hogaños,
cuando diseccionо el poemario de un camarada
y luego le entrevisto, y nunca provoco daños.

«Vente para mi casa, pasa aquí una temporada»,
una vez tú y otra yo (alternamos el gorroneo),
intercambiamos poemas con métrica inacabada,

nos contamos el salseo del señor Gonorreo,
último Adonais, y nosotros siendo bohemios.
Ángel (menos dos alas) González y su ronroneo

sigue alimentando nuestros juguetes serios
cada vez más, con mucha más hondura;

la ironía nos da un don que solo se disfruta ebrios.

Rezamos a san Valente si es línea oscura
o a Biedma si es línea clara el final,
cambiar de confesión no es una locura.

El culturalista frente al sentimental,
nos dijeron los mayores, pero es pasado
porque los maestros cambian. La cal

se acaba disolviendo tras un dictado
del juez eterno, que es el tiempo
aunque sea un tópico muy gastado.

El goce de tomar el bisturí, el tempo
dulce de la disección metódica
hace la autopsia a las vigas de mi templo.
¡Ay, hermano mío!, perdona mi caótica

epístola en la que celebro nuestra amistad

y me lamento de que Dolfos—es hipotética—

hubiese sido un Bellido como tú, en verdad.

## Pablo Ballesteros

### Sobre el país que mató a Federico García Lorca

Tiene que morir, como muere todo
en poderoso caudal o siendo pasto de la fuerza de la abrasión
lejos del arrullo en invierno.
Valga este segundo de pura calma como un preludio,
un deseo tal vez,
de esta luz que apenas alumbra
del duermevela que asfixia las paredes.

No pretendo aliviar la carga
tampoco volveré a hablar desde dentro
que se ocupen los vientos de disipar el humo del juramento incumplido
debo maldecir el pan con las lágrimas del que llora a la vista del mundo.

Pequeño y dócil

apenas perceptible a la vista

pero macizo y pesado

pálido de repente

solemne sin llegar a lo fúnebre

ausente en fondo y forma.

Impaciente ante la llegada de lo inevitable.

Rozo la perfección en morirme un poco

en vivir para verlo, en renunciar sin titubeos a todo lo que fui.

Firme pese al descanso total de los músculos

guardo con celo la falta de pulso

la mirada vítrea

del que vivirá perpetuamente deslumbrado ante el abrigo de la luz.

No volveré a matarme un poco

ni a mentirte nunca.

## Pablo Cabrera Ferralis

### De mínima decencia

A un poema, queridos amigos,

colegas, compatriotas

a un poema, por favor,

no olviden darle un nombre,

como tampoco olviden nombrar a sus hijos.

Ellos, tal como sus textos,

necesitan saber quiénes son

y cómo sus amigos, desde la lejanía,

los pueden llamar a jugar

o cómo sus abuelas les gritarán

cuando la comida esté lista.

Nuestros poemas, humildes,

virtuosos o malcriados,

engreídos e idiotas,

no importa la actitud

que tengan frente al mundo,

tienen el derecho a recibir un nombre,

y si es necesario, también,

un entierro digno.

¡Regalen!, queridos contertulios

regalen sonido, ese sonido

que bautizará a sus criaturas,

crianzas, crisantemos, cri cri cri,

como hace el grillo.

Regalen esos sonidos

que los hacen pertenecer al mundo

con el cual los podemos buscar

si están perdidos o los podemos encontrar

si están heridos y los queremos eliminar

por mera misericordia.

Déjenlos inacabados —qué más da—

pero nunca desnudos, sin nombre

no los manden a la fosa común

junto a otros miles de “sin título”:

Los “NN” de los poemas,

apilados unos sobre otros

sin honor, ni decencia

humillados, maltratados

como restos de vergüenza.

Denle un nombre, aunque sea feo

—si lo quieren poco, o quieren

desquitarse con algún inocente—

pero nombrar es un poder

es el poder de los sin poder

es darle identidad a lo inédito

es apreciar un poco el sudor

ni siquiera el talento

ni tampoco la belleza

es ser agradecido con ese parpadeo

que salió de nosotros sin padre

dejando un espacio libre

en nuestras cabezas, liberándonos

de sí mismo, de manera altruista.

Nombren, ¡titulen sus poemas!

es valorar y subyugar, ¡Y sí!

Eso también se tiene que hacer

así cuando las ideas se traducen

pasan a arrojar sombras coloridas

si las exponemos al sol correcto

y a herir superficies inexpertas

si los expulsamos con la fuerza del dolor.

Ese poema sin nombre

—podrá no ser nadie— y quizás

su único logro, con suerte,

sea besar una oreja desprevenida

pero ¡dale nombre a tu hijo!

para que lo puedas reconocer

cuando estés en tu lecho de muerte

y venga a despedirse de ti,

antes de desaparecer para siempre

antes de eso, dale un nombre

así le podrás reconocer lo aprendido.

Aunque no lo quieras, dale un nombre.

Aunque no quieras, siempre será tuyo.

Aunque no lo quieras, dale un nombre.

Aunque lo niegues, siempre y por siempre

habrá salido de tu vientre.

## Ava Cívico

ATRAVIESO EL MEDITERRÁNEO CON OBJETO DE OBSERVAR TUS GRIETAS

hice de la carencia

rutina íntima

ni cuerpos bajo las sábanas

ni cena sobre la mesa

¿sería acaso mi sino

erigirme en isla?

condena quizá de naufragio

el hospedaje de la virtud torcida

declive de los anhelos folclóricos

en quién el denuedo

con que sostener

tempestades galénicas?

dónde la repetición

del abrazo hercúleo,

caricia aristotélica,

amarre pétreo para vedar la ruina,

la inmersión isleña,

el alud de las soledades negras?

cuándo tornará en presencia

la carencia de tus grietas?

## LA MENTE CONFUNDE PECES Y PÁJAROS ANTE EL RECUERDO DE TU LENGUA

siento la boca atravesar la caducidad de las jaras

a doscientos noventa y siete kilómetros hora.

dejar atrás

el jardín del recuerdo,

la aguja afilada del habla.

balanza irregular

por la que siempre desbordo ocasiones.

descuidar el rincón afectivo,

la morada ínfima de la añoranza.

qué sentido las distancias

si esta mar recorre solo ausencias?

construir un cobertizo de crudeza

con que venerar las manos enlazadas.

qué bello atestiguar sus ruinas,

experimentar la violencia de las olas,

alzamiento sal(o)mónico de anfibios y aves,

mutación subterfugia del cariño en desidia.

la sucesión inequívoca de lo oscuro

una vez mis aguas

encalen en la playa.

## PURGO LAS ESCÁPULAS DE TODA HUELLA TERRENAL

experimenté el metamórfico anhelo
de ser ave indómita en las
        mañanas ácidas del agosto.
una habitación derruida en colérica aflicción,
la raíz incólume aislada del estiaje.
arrancaré uno a uno los pétalos mustios de mi sexo.
        extraeré de mi columna
finísimas escamas de ruina.
        la pena que medró en el talle
de las niñeces del invierno.
quedará así un lomo libre y raso,
no tendrán las alas pretexto
        para no brotar de mí.

## Blanca Fernández

### ANTES DE LAS PALABRAS EXISTÍAN LOS RECUERDOS

antes de las palabras

la tierra existía

existía la raíz y de ahí brotaban

los fonemas el viento las niñas

el agua era raíz y chapoteaban las pequeñas cosas

la ternura que se tejía de sonidos suaves

dulces dulces como el níspero maduro

y ácidos tersos que se pegan en los labios

-el poema se siembra en otoño;

se prende en primavera-

antes de las palabras

existía el polvo -sin nombrar la duda

se colaba en los recovecos-

cubría las montañas albas

las casas las máquinas reproductoras

la esperanza de un pueblo

las sopas de letras

el tiempo

pero la ola agotada perdonaba los recuerdos porque antes de las palabras

existían los recuerdos

antes de las palabras

nosotros no existíamos

no existían las manos que sostienen

los nombres flotaban con cariño

sobre las pequeñas cosas

a la espera de su floración

no existían las manos si no las nombraban

no se tocaban en su ausencia

el aliento se expiraba independiente al mundo

las flores se teñían de escarcha suavemente

y bajo la luz

germinamos las palabras

## Daniel Jiménez Chil

### Transición

**1**

El sol cae en un ángulo

obtuso y agudo

sobre las flores que empiezan

a secarse

en el balcón

**2**

Una hoja cae

flota entre las avellanas

del esqueleto de un roble

veo la calavera del verano

juego con la avellana en mi boca

**3**

Helados los aires ahora

la stracciatella que ya no se derrite

en el cono de madera

de alguna heladería de por la casa

**4**

Momi, entruenco sol tesies de

cada sem

por eso le huyo al calendario

y a los días esos del mes

**5**

méceme en
tu regazo para
así poder dormir
y conciliar
el sueño
y dormir sobre
estas hojas del otoño
cuando la primavera fue apenas
ayer

**6**

El sol se apaga

el viento se congela, enmudece

es tan triste decir adiós

**7**

El día que dura menos

la noche que es más larga

es la traslación del mundo

es el vacío que en la noche me da

## Clara Llano

### Quivierda

la adicción que provoca lo insólito (ralentiza los espectros rurales
[y refleja su ausencia)

cae, de lustro en lustro,

sobre carne desenterrada

nieva sobre la manada frágil, exiliada

por la naturaleza monstruosa o

por la dictadura fantasmal.

la ausencia de color

cubre la columna vertebral que recoge un valle

pleno de abandono

de noche hablan las estrellas.

Todo eso (y esto) es viento en las venas

eco que se arremolina como polvo en las articulaciones:

esta yema se estrella y recorre horizontal otra serranía

## Andrea López Montero

### Lenguaje

Estamos siempre solos en los castillos –te digo– siempre solos, silencio de ruina a ruina y toda la fascinación, como si pudiese coger en un terreno que espera cascotes, tiempo y cuidado, utilizar las dos manos para lo que se puede arreglar.

*

Las piedras son como las rodillas, por eso se buscan.

*

Estamos solos y estamos solos y estamos juntos aquí, no hay nada que nos asuste. ¿Acaso estamos tan solos? –dramatizo tan ostentosa– tenemos la boca viva y llenito el paladar.

*

En los castillos que están solos hay hierba seca y silvestre, hay cardos gordos, de cabeza convencida, hay flores que escalan el muro y otras equilibristas que se dejan caer. Hay fosos y explanadas, nos podemos agarrar a los trozos para subir, como escalando en pequeño, hay

chicharras y bichos voladores, algún trozo de papel higiénico sin intento de ocultarse, saltamontes y ortigas, ingredientes, bichitos entre las sombras, preguntas y algún cartel.

*

Al levantar una piedra rajada comenzó a sonar un cuento-canción-cancioncilla:

*si mujer de dos cabezas*

*puedo porque la verda'*

*esquivo, que qué qué digo*

*que qué que qué que qué digo,*

*me canta fuerte el juglar,*

*las manos a trabajar*

*y a guardar el ego herido*

*bichito de armas tomar*

Era la piedra quien hablaba.

Nos miramos los dos ojos, crías de parto rápido, echadas desde la madre con su cuerpo de dintel, nosotros crías dobladas, *con las cuatro patas torpes, cuerpecitos de asterisco, posturita sin montar, la boca con amapolas, los ojos en lateral.*

Nuestro cuerpo, nuestro pacto: cancioncilla de pastores se narraba y se narraba con un tonito muy tonto, posturita, posturita, que ñoños bajo la piedra, echaditos a cantar.

*caga el gato, cago yo,*

*esta vida en comunión*

*donde cierran las cabezas,*

*no vayamos a pensar*

*algo ya mal convenido*

*que no le pueda aportar*

*alegría al poderoso,*

*castillo, mirra y pajar.*

*

Rodillas haciendo nudos.

*

Estábamos solos en el castillo: estaba el tiempo y estaba el musgo y estaban los que no estaban, deambulando también, estaban sus bocas todas.

El castillo nos miraba, tan cansado de esperar alegrías y alegrías: la roca sabe escuchar. También calla como calla. Guarda en los poros la voz, las canciones y los guisos. Dónde están las lumbres grandes, tan pesados los vestidos, dónde manjar y cantores, dónde el coro con la cal que tuvo juegos pasados, justas, cantos, quesos viejos y las brevas, dulces dulces, carbón de techo y hogar.

*

Bocas de oro y dientes grandes, miniaturas de marfil.

Los cordones bien atados.

*

Cogí la mano, deslavazada.

Telares y telares, seda falsa sin bordar, nuestros bajos remendados, rodillas con su caída, chándal simple, ruidos tristes: cómo nos iba a mirar. Rastrojos empantanados.

Cogí la mano con la mano, luego blanco, luego huevo, carótida de dedos mansos y escurridizos. Escondiéndose una mano en una mano quién me cogería a mí. Me encogí, encorvada por las manos que fueron mías, pero ahora era de ellas, con ellas, estaba en ellas, eché en falta un juglar: podía decantar manos.

Entonces entendí nada. Había polillas ocre, había un olor rancio, había dos niñas corriendo con sus botitas prietas: no eran rubias, no eran guapas, solo eran dos, como mis manos. Sus bocas rebosando. Él no entendió nada de nada.

*

Palabras como cofres dorados.

*

Se nos maquilló el esfuerzo a base de quitar la fuerza con la hache. Hicimos sin facer, fiereza en letra muda: hacer rebaja el daño quitando las fisuras de un cuerpo que se cae.

*

Mudez de boca llena.

## Javier C. Luna

*Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oirá mi voz.*

*Salmos 55:17*

señor tú me oyes

y necesito decir

lanzar un hilo de voz sobre una rama

y que se agite con cualquier viento

el color no importa

como tampoco es relevante

el tamaño de las hojas

necesito decir

verdes y la sombra amplia

y el árbol ya de paso

un árbol común

señor tú sabes

todas las especies de árboles

yo necesito

solo la sombra

y la rama y mi hilo

de voz incesante

¿tú me oyes?

## Candela Magdaleno Díaz

La paradoja eterna
del querer ser sin saberlo
siendo algo que no sabes
ni siquiera si quisieras

Del devenir estático
que lucha en reposo
por encontrar con el tiempo
su determinación dispar

Del corazón en el pecho
de un alma destentaculada
que abraza las voces
con sabores diferentes

El querer ver

y no abrir los ojos

porque quién sabe

si eso sería peor

La teleología de

un sinsentido acompasado

desvinculado

de la aparente realidad

La consecuencia de que

cuando creías que estabas siendo

no sabías que ya

habías dejado de ser

Comprender que el fin

de toda creación de existencia

no está en terminar la búsqueda

sino en perderse por el camino

## María Marín

Desde la cama veo
una luz flotando en la ventana.

Quisiera pensar en ella
como si fuera un buen presagio
o quizá solo un reflejo
en un cristal sucio.

Quisiera despojar a las cosas
de un significado atribuido
que ellas nunca buscaron.

Dejarlas vacías.

Quisiera vaciarlo todo

hasta que sonara

a hueco:

la cabeza, la sangre,

esta habitación.

## Imanol Miranda Solís

### Armónicos del ruido

Bordón de carbono y acero
Varas de piedra y asfalto
El aire urbano, tu escupidero
El silencio, víctima de tu bajo

Cuerdas de rayo y cobre
Cuerpos de aluminio y plástico
Eterno tremolo en casa del pobre
De la máquina la paz tu quejido

Coros de carne y vida
Armonías de rutina y costumbre
Sin empaste, una voz unida
Sin director, ilusión de ritmo libre

## Kai Moreno Momiejo

pronunciaré el nombre de mi madre

su sonora r resonando,

redoblando en mi paladar para explotar en parto al mundo

como yo, escupido con ímpetu a la vida

pronunciaré el nombre de mi madre

sus amplias vocales latinas engullendo las flacas consonantes

paupérrimas consonantes de pellejo duro

víctimas de una tierra arada por el hambre y la guerra

pronunciaré el nombre de mi madre

para que lo guarde el Mediterráneo entre sus contaminadas olas

que su cadencia silábica quede sellada para siempre

en su fosa común

pronunciaré el nombre de mi madre

y repatriaré sus gordas vocales y las haré mías

solo mías

por siempre mías

pronunciaré el nombre de mi madre

para que no lo manden al exilio de la memoria

pronunciaré el nombre de mi madre una última vez

tejeré con su melodía una bandera blanca

de paz y reconciliación para mi país enfermo

esparciré su última vocalización en diferentes lugares

pintaré sus letras en todos mis orígenes

escribiré sus curvas y rectas y las esconderé en libros

en parte como un regalo

en parte como protesta

para que alguien al leer piense por un segundo:

alguien ha vivido alguien ha vivido alguien ha vivido

llamaré también a la perra por su nombre

y cuando ella muera

plantaré un alto pino en el jardín

en momentánea huelga contra el olvido

orgulloso y erecto

dará sombra a los pájaros.

## José Olmo López

Díptico de Lyon

### PAISAJE

Lyon se esconde
entre quinientas mil chimeneas
que aúllan con lentitud.
La niebla empapa la tierra
con hojas de cristal
mientras se arruga la tarde
como una camisa de lino.
Desde el mirador de Fourvière,
las esculturas de la basílica
extienden su mirada
sobre las personas que,
bajo los paraguas,
barnizan el horizonte

con los anhelos perdidos.
Hay quienes intentan
drenar su vacío gris
con la corriente del Ródano
y del Saona mientras otros
beben la ciudad en silencio
para borrar el sabor áspero
de su sangre.
A lo lejos,
extiendo mis manos entre la niebla
intentando atrapar el rocío
que convierta las heridas
en cáscara de agua.

## RETRATO NOCTURNO

El Saona baja desbordado
en Lyon y lleva en su corriente
una fuerza que inunda el paseo.
El viento atrona los oídos

y en mitad del murmullo
se erige una estatua:
un hombre lleva en brazos
a su sombra. Fija sus ojos
en la cabeza que cuelga
como una manzana
a punto de caer.

Entre ambos rostros
queda el espacio donde confluye
el agua con el viento, el frío con los pasos
huecos de la noche, las luces del puente
con las escamas del río.
La distancia erosiona la belleza
entre dos cuerpos que se aman.

## Melián de Órzola

Proverbio de la Algarroba

*ἐκ τοῦ καρποῦ τὸ δένδρον γιγνώσκω*

Medra en los dorsos del alarde:

mastica el tiempo, y el polvo, y calla.

No se alcorza de arrope

ni el mismo luto lo acicala;

nadie lo ciñe ni lo cerca,

nadie ordeña su rama

de olvidada flor masculina

que brota sobre los troncos y estalla.

No colmará lebrillo ni alacena;

otorga sombra, y hambre apelmazada.

Como aquel himno; como aquella sombra
de broza y yesca, sola y monda, marca
secas albarizas, filos agraces
de cardos ocres y borrajas zarcas.
Indócil, se amamanta del olvido;
su carne no conoce la tarama;
ni sacia al macho pardo
que ronda como luz descontrolada.

Sin reblar, sin ceder al desaliento,
sus álabes oscuros se azarandan
con perfume bravío y piel de acerbo.

Y como quién hoza materia parva
y halla el sabor perdido de otro tiempo;
espera un tierno septiembre que tarda
donde habitan pájaros ciegos.

## Meditación en Mazmúllar

*estas lomas torcaces hombros desnudos*

*donde pacen los días y roznan*

*piedras como chuscos*

*o tiempo nube tardía sombra*

*cachorro hambriento y mudo*

*frente por frente hecho una torva*

*cae no sigue su curso*

*todo lo asalta todo lo colma*

*nada jamás sin embargo lo detuvo*

*la duda es una alondra*

*acequia seca alferecía muro*

*los días tropiezan en tromba*

*tanto sucede tanto pronuncio*

*sólo a solas la soledad asola*

*y sin embargo aquí aún te intuyo*

*braciabierto encorvado ausente*

*mudo como viejos muslos*

*criatura sin destino ni casta*

*cerrado vientre surco*

*o habitado contorno que se vence*

*ante esta cordillera descalza*

*sin cautela permanece*

*como un dios sin rumbo*

*sin sombra sin esperanza*

*y sea la vida quien al tiempo reste*

*como la yerba última de las entrañas*

*nuestro dolor es dulce amanece*

*una alondra desollada*

*este corazón este*

*silencio que siempre me arrastra*

*la almagra nocturna yende*

*y colma lazos de amapolas nada*

*el hueso florece*

*la muerte verdad extraña…*

## Álamo Blanco Yo

Álamo, cuando muera:

abono, nutrientes, compost, etc.

Álamo blanco yo, aunque no quiera.

**Nerea Pedraz Serna**

Helecho Linde

*«Toda palabra dicha o escrita es lenguaje muerto».*

Robert L. B. Stevenson

## elocuencia

I

guardo en la lengua

la construcción milenaria

de humo e inventos

de límites y acacias

II

un cascabel lejano

se aproxima imito en los pliegues suaves

su latido

se aproxima condena

–la teleología–

se alza la maravilla

lo dorado lo animal lo sublime

potencial irrepetible canto

dormido en la lengua materia rasa

se aproxima mi parto

el parto de mi madre

la emergencia

de palabra de arcilla

III

la cascada de barro

-de pronto-

parece sostenida por unas manos

una forma un tamaño

una exactitud -de pronto-

el milagro de la electricidad

uno de los milagros

de la electricidad del cuerpo

-de pronto-

la garganta y el significado se entrelazan

simbiosis brillante y milagrosa

y la niña habla

IV

decir es un juego, mira:

tacto el fondo del golfo

en carrera incansable tacto

del cuerno el canal

el remolino de la bomba

perdido perdido el médico

zanahoria la ensenada

carrera la arena

italia la luz

tú

salidas el cardumen

tardes la sal

bastantes la marea

V

sabías que cometa viene de

κομήτης

estrella de pelo largo

yo tampoco pero ahora la sístole

la sístole es un poco más bonita

porque al fin usaré el peine de nácar

solo la palabra puede trenzar

el fonema y la infancia

VI

una náusea extraña

tintinea en las cuerdas vocales

deseo enunciar las entrañas más allá

de las fronteras quiero

quiero decir el fuego

pero por mucho que

luz

    temperatura

        ignición

por mucho que lo intente

no se puede decir

VII - coordenadas

un helecho asoma en la comisura

sus frondas ancestrales beben las fragancias

de un punto baladí en el cosmos

sus exiguos soros no alcanzan

        –si es que yo alcanzo–

a articular la Verdad

si las selvas ciudades Dios

son solo un nombre

VIII

a veces el milagro trasciende

(ave submarina

desértica ensenada

anémona de plata

por ejemplo)

y un amor repentino

violento como el relámpago

acaricia el lóbulo exacto

IX

la ambición fue nombrar lo que no existe

velar lo anónimo en lo terrible

INEFABLE qué palabra

qué palabra más absurda

un cajón de sastre

la pereza

desidia disfrazada de humildad

yo

X

se atraganta un sonido

intuyo su color

verde como la muerte

arañando la laringe

y

el aire

brota en los labios

extraña flor vaporosa

que custodia el universo

## Mónica Picorel

### La hora muerta (Malena)

Malena se recrea en su tango

sus ojos de espiga

filtran los nombres del viento.

## Un perro en casa

Roe un hueso de aire

los ojos miran hacia dentro.

Comprende el orden de las cosas

las aristas del empeño

las penínsulas de esta casa

la delicada geometría de la flor en el hielo.

## Voz

Un estallido del trigo entre dos inviernos
nuestro animal llamado a la memoria.
La tristeza habló alto:
-comed-
y comimos con gula.

## Haz de hierba

Soy un campo de hierba
nadie se hace cargo de mí.
Un viento modifica su íntima geografía
trae los sueños de otro
un nombre para llamarme
cuando nadie me llame.

# RESEÑA LITERARIA

## Carlos Patiño

# Salem's Lot: La Hora Del Vampiro

*"La noche alza el vuelo con sus alas tenebrosas. Ha llegado la hora del vampiro"*
Salem's LotI

Salem's Lot (1975), la segunda novela del maestro del terror, Stephen King, fue titulada en su primera versión al español como "La hora del vampiro". A pesar de la licencia de traducción que rompe con la sorpresa implícita en la trama, no deja de ser relevante el hecho de que, llevándole la contraria a la intención del autor, se acierte en llamar a las cosas por su nombre desde un principio: el pueblo de Jerusalem's Lot ha sido secuestrado por sanguinarios vampiros.

La novela, de las mejores obras de vampiros de todos los tiempos, transcurre en un pueblo imaginario del estado de Maine, Estados Unidos: Jerusalem's Lot (conocido como Salem's Lot). El lugar se encuentra repentinamente infectado por el despertar de una entidad maligna. King despliega su acostumbrada creación de atmósferas opresivas y personajes complejos, en una estructura

coral que ofrece múltiples perspectivas y que bebe de las fuentes primigenias del género gótico, en especial del Drácula de Bram Stoker (1897).

Versiones abundan del vampiro *romántico*, metamorfo, sediento de sangre. Seductor lujurioso que controla y quita poder. Por eso es menester revisar la fuente, ya que todas las vertientes desde hace más de un siglo brotan de la mencionada novela de Stoker. De hecho, los paralelismos entre la obra fundacional y Salem's Lot son notables. En ambas existe una encarnación del mal representada en el conde Drácula, por un lado, y en Kurt Barlow por el otro; longevos vampiros confrontados por un pequeño grupo de valientes.

Sin embargo, en la obra de King, el pueblo cobra un protagonismo primordial. Salem's Lot se convierte en un personaje más de la novela, con sus secretos y su decadencia, a medida que los habitantes sucumben, vulnerables, al poder del no muerto. A diferencia del conde de Transilvania que aspira a conquistar Inglaterra; Barlow, vampiro superviviente del siglo XX, prefiere enquistarse en el anonimato que le brinda un sitio remoto. En las propias palabras del personaje: *"He vivido más tiempo que vosotros. Yo no soy la serpiente, soy el padre de las serpientes"*.

¿Es el vampiro un sátiro, un tirano o un zombie? Puede que todas. El vampiro acecha a sus víctimas para succionarles la sangre. Su letargo pronto se inflama de deseos eróticos y seduce a sus víctimas para controlarlas, convertirse en su amo. No puede morir a menos que le claven una estaca de madera en el pecho y le corten la cabeza. Así lo confirma el más famoso cazador de vampiros, el ingenioso Van Helsing: *"Si hubiese besado a Lucy, usted se habría transformado en un nosferatu, como los llaman en la Europa Oriental, en un*

*zombie, como se dice en las Antillas, y se habría dedicado a crear otros no-muertos".*

## II

*"Vampiros, señor Lumley. Jerusalem's Lot está lleno de vampiros"*

Los vampiros de esta novela son criaturas tan aterradoras que ni el Padre Callahan, personaje que reaparecerá más adelante en la obra de King, en la saga de La Torre Oscura, podrá vencerles. La curiosa relación del vampiro con el pueblo recuerda a algunas dictaduras contemporáneas: se apoderan de ese mismo pueblo crédulo que sucumbe ante el engaño. Solo un puñado de arriesgados suele confrontar al monstruo, pero ya sus víctimas han sido poseídas irreparablemente. El vampiro dictador alimenta su poder chupando la energía y cordura de los pobladores, apropiándose del territorio.

Al igual que los tiranos, *el no muerto* sabe que el desasosiego es un arma poderosa. Ofrece la ilusión de ser derrotado para luego dar el zarpazo (o mordisco) y continuar su labor parasitaria. El desánimo conlleva a la sumisión. De allí que la ficción nos ofrezca una válvula de escape frente al horror. Tal como afirma el propio King en su ensayo "Danza Macabra", los humanos inventamos horrores ficticios para ayudarnos a soportar los reales. La tragedia de muchos países demuestra que el vampiro vive y su noche no tiene fin. Es inmortal.

Este primer ejemplar
de la revista Ceniza se terminó en
diciembre de 2024.
Gracias a todos los autores por
participar en este primer número.